

ANAITE, LA NOVELA CRIOLLISTA DE MARIO MONTEFORTE TOLEDO

BIBLIOTECA
DE LA
UNIVERSIDAD DEL VALLE DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD DEL VALLE GUATEMALA

Facultad de Ciencias y Humanidades

Departamento de Letras

**BIBLIOTECA
DE LA
UNIVERSIDAD DEL VALLE DE GUATEMALA**

ANAITE, LA NOVELA CRIOLLISTA DE MARIO MONTEFORTE TOLEDO

EDGAR LIZARDO PORRES VELASQUEZ

Trabajo de investigación presentado para optar
al grado académico de Licenciado en Letras

Guatemala

1986



A mi Esposa

Eugenia

A mi hija


Carmen Eugenia





No. Bo.

(f) 
Lic. Gustavo Adolfo Wyld F.

Tribunal:

(f) 
Lic. Delia Quiñonez de Tock

(f) 
Lic. Margarita Carrera

(f) 
Lic. Gustavo Adolfo Wyld F.

Fecha de aprobación: 13 de Noviembre de 1986



RESUMEN

El presente trabajo es un estudio de la novela *Anaité*, del escritor guatemalteco Mario Monteforte Toledo (15/9/1911) en el cual se intenta demostrar que dicha obra es una novela criollista, dentro de la producción literaria del autor.

La parte introductoria se refiere a las razones que motivaron el trabajo, se plantea la hipótesis y se explica la metodología del trabajo.

La segunda parte incluye información referida al autor, su obra literaria y ubicación dentro del movimiento literario y cultural de Guatemala.

En la parte tercera se establece el marco teórico, previo a situar la novela *Anaité* como obra representativa de la novela criollista hispanoamericana, en donde la naturaleza es factor predominante, también se hace mención del criollismo como una corriente importante dentro de la literatura guatemalteca.

La parte medular del trabajo está contenida en el Capítulo IV. En él se habla del asunto y del resumen argumental de *Anaité* y, luego, de la naturaleza como ámbito esencial de la obra. También se establecen las relaciones y conflictos entre la civilización y la barbarie y los resultados de este enfrentamiento. El hombre se ubica inmerso en un universo de contrastes donde se mueven los personajes principales de la obra. Se cierra este apartado con una referencia al mundo lacandón, donde se presenta el desenlace de la novela. Finalmente se hace una aproxima

mación a la organización formal y a algunos rasgos literarios predominantes en *Anaité*. El trabajo concluye con un estudio comparativo de esta obra, con *La vorágine*, de José Eustasio Rivera.

Se incluyen Conclusiones, Bibliografía y un Apéndice que contiene una entrevista con el licenciado Arturo Herbrúger Asturias, compañero y contemporáneo del autor.

Guatemala, Octubre de 1986

CONTENIDO

	Páginas
RESUMEN	
I. INTRODUCCION	1
II. EL AUTOR Y SU OBRA	3
A. Reseña Biográfica	3
B. Obra Literaria	6
III. MARCO TEORICO	13
A. La Novela Criollista Hispanoamericana	13
1. Generalidades y Características	13
2. La Naturaleza, Factor Predominante en el Criollismo	17
3. El Criollismo en la Literatura Guatemalteca	19
IV. ANAITE, LA NOVELA CRIOLLISTA DE MARIO MONTEFORTE TOLEDO	23
A. El Asunto: la Novela <i>Anaité</i> y su Drigen en una Aventura al Río Usumacinta	23
B. Resumen Argumental	26
C. La Naturaleza en <i>Anaité</i>	29
1. Naturaleza y Selva: un Universo Vivencial	29
2. Fuerza y Belleza de la Naturaleza	34
3. El Río Usumacinta y los Raudales de "Anaité"	38
D. Civilización-Barbarie	44
1. Enfrentamiento	44
2. Violencia y Muerte: Resultado de la Barbarie	50

	Páginas
3. El Hombre, Elemento de Contraste	52
4. Jorge y Rafael, Personajes en Conflicto	57
5. La Mujer y el Amor	60
6. Consideraciones Valorativas del Mundo Lacandón	74
a. Los Lacandones y la Relación coheren- te con el Asunto de la Novela	76
E. Lo Literario	78
1. Organización Formal de la Novela	78
2. Algunos Rasgos Modernistas en <i>Anaité</i>	81
a. La luz como efecto estético	82
b. La Musicalidad	84
c. La Imagen	85
d. El Colorido	86
3. Paralelismo Temático en <i>La Vorágine</i> y <i>Anaité</i>	87
V. CONCLUSIONES	95
VI. BIBLIOGRAFIA	97
APENDICE	99

I. INTRODUCCION

La Generación Literaria de 1930 tiene dentro de sus representantes a grandes figuras del mundo intelectual guatemalteco, uno de ellos es el escritor Mario Monteforte Toledo. Su obra literaria, especialmente sus novelas nutrieron el espíritu creativo de su generación y ocupa un lugar relevante en la literatura nacional.

La crítica literaria lo considera uno de los bastiones de la novelística contemporánea del país. Sin embargo, razones tales como: su larga ausencia de Guatemala (treinta años en el exilio, de 1956 a 1986), y su acendrada filiación política, muy alejada de los últimos regímenes del país, son factores que influyen en el desconocimiento de su obra literaria.

Sus principales novelas poco reconocimiento han tenido en la Literatura Hispanoamericana; los valores de nuestras letras no han sido justamente valorados y parecen olvidarse conforme el tiempo los aleja del momento en que afloraron literariamente.

Dentro de la novelística de Mario Monteforte Toledo, figura Anaité, obra poco conocida en la literatura guatemalteca, y uno de los objetivos de este trabajo es contribuir a su conocimiento y evitar que continúe en el silencio.

El presente estudio pretende aproximarse a la novela Anaité, que es la obra más representativa del criollismo en la producción literaria del autor; en ella encontramos identificado el enfrentamiento del hombre contra la naturaleza, que es la característica más predominante en la co

riente criollista; también nos permite valorar la capacidad creativa - del autor en el manejo de la temática que identifica al hombre y su lucha por dominar el ámbito selvático.

El trabajo tiene como objetivo principal demostrar que Mario Monteforte Toledo, con la novela *Anaité*, es uno de los escritores en la literatura guatemalteca que mejor enfoca el criollismo al enfrentar en su temática al hombre contra la naturaleza, además que utiliza recursos de la novela criollista, como es describir la exuberancia de la selva petenera y la delirante belleza tropical del río Usumacinta, con la consiguiente urdimbre del hombre y sus conflictos.

Se demostrará y ejemplificará con citas textuales, que *Anaité* es la novela criollista de Mario Monteforte Toledo y una de las obras que más se acerca a los modelos literarios del criollismo hispanoamericano; ejemplo: *La Vorágine* de José Eustasio Rivera.

Se utiliza como parte de la metodología, además de una lectura cuidadosa, la búsqueda de material asuntual o extraliterario que respalda la labor creativa del autor, entrevistas, mapas, fotografías, libros, revistas, periódicos; también se recurre al método estilístico para poder apreciar la creatividad literaria de Mario Monteforte Toledo, tal como la presencia de los rasgos modernistas en la novela, tendencia estética muy usual en la descripción de la naturaleza, en la novela criollista.

Sirva este estudio como un breve aporte a la difusión de la producción literaria de Mario Monteforte Toledo, y un homenaje a sus fructíferos años.

II. EL AUTOR Y SU OBRA

A. Reseña Biográfica

Mario Monteforte Toledo nació en la ciudad de Guatemala, el 15 de septiembre de 1911. Hijo de Don Mario Divizia Monteforte, de origen italiano, y de Doña Jesús Toledo Herrarte.

Parte de su niñez y adolescencia la vivió en Sololá, con sus padres, lugar de donde extrajo las primeras experiencias para su acercamiento al mundo indígena tzutuhil, las que le dieron información para algunas de sus principales novelas.

Posteriormente se trasladó a la ciudad capital, donde realizó sus estudios de Bachillerato y más tarde los de Abogacía y Notariado, en la Universidad de San Carlos.

Sintió cierta atracción por viajes y excursiones y fue miembro activo de los Boys Scouts de Guatemala. En diciembre de 1936, cuando tenía 25 años, realizó junto con un grupo de amigos, un viaje aventurero por el río Usumacinta.

El periodista guatemalteco-mexicano Fedro Guillén recoge la experiencia así (1959: 5 dic.):

"Parece ayer cuando encontré a Monteforte en la ciudad de México. Por estos días en que el año eleva anclas, entre lunas memorables y noches más o menos boreales. Estaba - el recién desempacado del trópico tras gira alucinante ro dando sobre el Usumacinta en compañía de ilustres aventureros. Habían devorado millas peteneras en uno de esos esquifes casi de juguete, hasta desembocar en aguas mexicanas, y el altiplano nuestro lo acogió con un frío muy

1937. Monteforte lleva encima toda la geografía descubierta y más tarde un libro recogería la odisea en vegetales páginas."

El libro que Guillén menciona es la novela *Anaité*.

A principios de la década de 1940, ejerció la profesión de Abogado y Notario en Sololá, donde se interesó por el conocimiento del indígena de la región. De esa vivencia extrajo asuntos para dos de sus mejores novelas: *Entre la piedra y la cruz*, y *Donde acaban los caminos*.

Durante algunos años convivió con una mujer de origen tzutuil, con quien procreó una hija. Al respecto dice Guillén (1959: 5 dic.):

"Su paréntesis de Sololá confirmó herencias categóricas. Del Mediterráneo le llega endiablado desasosiego, sed traumante— cruz y gloria de ciertos hombres—. En el poblado lloviznoso y triste era abogado de no sé cuántas cofradías y compadre de casi todos los brujos. Supo aprovechar, leyendo, tardes gris perla de esas cumbres y de ahí buena parte de lo que sabe. Cuando bajó el camino por última vez, desde el lar sololateco, ha de haber sentido sacudida con que se acompaña lo entrañable. Traía secretos de una veta que después dio libros definidores del alma indígena, y amorosamente, una hija vivaz, ojos de obsidiana y sangre de dioses tzutuhiles."

Empujado por el crecimiento de la dictadura del presidente Jorge Ubico, emigró a los Estados Unidos, en cuyo ejército tuvo que prestar servicio, dada su condición de residente.

Después decidió viajar a Europa y, finalmente, regresó a Guatemala.

De su estadía en Nueva York, Guillén dice (1959:5 dic.):

"En 1943 vivió en Nueva York. Con ilustraciones de Rufino Tamayo publicó "Biografía de un pez". Mario Andaba en busca de editor y, originales bajo el brazo, llevó este pez a la oficina del editor Knoph, en donde el encargado de la sección literaria Wellinstrock, después de leer los originales declaró al novel y, claro, todavía azorado escritor:

— Este libro me interesa mucho, pero es un libro contra

los Estados Unidos, porque en este momento todo libro que diga que los Estados Unidos no son como los Estados Unidos dicen que son, es un libro subversivo..."

A pesar de las discrepancias, el libro fue editado, y es una de las primeras obras literarias que el autor publicó fuera de Guatemala.

Cuando regresó al país, hizo carrera política en los principales cuadros dirigentes de los partidos que impulsaron el proceso reformador, surgido a partir del 20 de Octubre de 1944.

Esto le permitió ser electo Diputado al Congreso de la República durante el gobierno del doctor Juan José Arévalo (1945-1951).

Representó a nuestro país ante la Organización de las Naciones Unidas en los años 1946 y 1947. Fue Vicepresidente de la República en 1948 y 1949 y Presidente del Congreso de la República de 1950 a 1951.

Participó activamente en las luchas políticas y fue secretario del partido Acción Revolucionaria entre los años de 1946 y 1948.

Con la caída del gobierno del Coronel Jacobo Arbenz Guzmán, en julio de 1954, se retiró de la vida política activa, fundando y dirigiendo el semanario "Lunes", que tuvo vida efímera, debido al excesivo control de que fue objeto por parte del gobierno del Presidente Carlos Castillo Armas.

En 1956 se reiniciaron las perturbaciones políticas y se vio precisado a abandonar el país. El licenciado Arturo Herbrúger Asturias dice (1):

"En 1954 supe que Mario fue detenido por las fuerzas de seguridad del gobierno del Coronel Castillo Armas. Se le vinculaba con la política del depuesto régimen de Arbenz. Por intermedio mío salió libre, yo era amigo del Ministro

(1) Entrevista hecha el 6 de agosto de 1986.

de Gobernación, le hablé de mi amistad con Mario, se comprobó que no tenía nada que ver con el asunto político - del momento, y fue puesto en libertad. Después, en 1956, Mario escribió un artículo en un periódico, que no pareció del gusto del gobernante y fue expulsado de Guatemala."

A partir de 1956, Mario Monteforte Toledo trabaja como catedrático y tiene a su cargo un Departamento en el Centro de Investigaciones de la Universidad Nacional Autónoma de México.

En 1964 realizó estudios sobre problemas hispanoamericanos en la Universidad de La Sorbona de París, Francia. Y Economía Agraria, en Roma, Italia.

Su producción intelectual de los últimos treinta años va encauzada hacia la problemática sociológica, disciplina que lo ha ocupado desde - que reside en México.

Un juicioso y ordenado espíritu artístico lo llevó a organizar un programa de arte y cultura en la República de Ecuador, país donde dio a conocer su capacidad en la administración de organizaciones culturales.

B. Obra Literaria

Se inicia como creador literario con una colección de poemas titulada *Barro*, escritos en 1932. Esta obra es un fermento de lo que, posteriormente, será su postura literaria; encarna ya al escritor que atisba una manera de identificación con nuestra nacionalidad.

En 1937 escribe la novela *Anaité*, la cual no fue publicada sino en 1948, debido al amordazamiento literario que imperaba en Guatemala durante el gobierno del presidente Jorge Ubico (1931-1944).

Con el movimiento revolucionario de 1944, la protesta social se ha-

ce evidente y Monteforte Toledo, aprovechando sus anteriores experiencias y su conocimiento sobre la realidad de los grupos indígenas, crea una obra literaria para aplicar su enfoque de la problemática indigenista. Su novela *Entre la piedra y la cruz*, publicada en 1948, es la obra que registra las emociones y el efecto que los acontecimientos sociales de la época producen en el corazón del personaje principal, *Pedro Matzar*, quien - conoce por nacimiento, herencia y raza, su idiosincrasia de indio genuino y, por educación, experiencia y convicción, las ventajas de la cultura ladina.

En la novela *Entre la piedra y la cruz*, los elementos nacionales y de protesta social están fuertemente ligados al indígena *Pedro Matzar*, - que se encuentra "entre la piedra y la cruz", o sea entre la cultura de los indios y la de los ladinos.

En 1953, Monteforte Toledo publica otra novela con tendencia indigenista: *Donde acaban los caminos*, cuyo tema es la fusión de los indios y los ladinos para crear la nacionalidad guatemalteca; en ella combina el mundo ladino y el mundo del subconciente.

La identidad de sus novelas con la problemática indígena nacional, la manifiesta cuando él mismo dice (El Imparcial, 22 nov. 1975 p.4):

"La búsqueda de la literatura nacional debe ser la primera preocupación del escritor, digo la búsqueda de la expresión nacional.

Para el caso de Guatemala, lo nacional, lo local está en el mundo de los indios. Lo verdaderamente nacional está en buscar el misterio que se encuentra abajo de las palabras, adentro de la piel.

Y esto no lo vamos a confundir con el colorido del folklore."

La temática indígena, en dos de sus mejores novelas, ha consagrado

a Mario Monteforte Toledo como uno de los literatos que más han ahondado en la problemática del mundo indígena guatemalteco.

El licenciado Amílcar Echeverría dice (1968: 377):

"Es uno de los pocos exégetas y conocedores de nuestros - problemas indígenas. Lo ha tomado con pasión y vocación, conviviendo con nuestros aborígenes de Atitlán y recorriendo con escalpelo agudo todos los ramales de su sensibilidad: desde sus atavíos típicos hasta ahondar en los arcanos de su lengua esotérica. Por eso ha llegado a comprender al indio y ha podido presentarnos su mensaje vertido al castellano."

La cueva sin quietud es una colección de cuentos publicada en 1949, obra donde demuestra el buen manejo de la técnica narrativa y la facilidad para abordar temas universales.

En 1957 publica la novela *Una manera de morir*. El personaje principal es un comunista que se da cuenta de la hipocresía del partido y, después de permitirse el lujo de pensar por su propia cuenta, se siente tan agobiado que termina por abandonar la organización política. Con esta novela, Monteforte experimenta un estudio filosófico de tendencias universales.

Se considera que, a partir de la publicación de *Una manera de morir*, el autor se aleja de las tendencias ideológicas que hicieron crisis en Guatemala durante el gobierno del Coronel Jacobo Arbenz Guzmán (1951-1954).

Respecto de su interés por la política guatemalteca, Monteforte responde negativamente y argumenta lo siguiente (El Imparcial 22 nov. 1975 p.4):

"Otra cosa es que me interese Guatemala. Mi preocupación fundamental es la literatura y la Universidad. Pero mi país sí me interesa y mucho. Y el día que Guatemala utilice mis servicios como intelectual, como organi-

zador de algo, como factor de una idea, allá iré, sin vacilar, dejándolo todo sin dudarlo un instante."

A partir de sus compromisos obtenidos con la Universidad Nacional - de México desde 1956, Monteforte Toledo ha dedicado parte de sus estudios formales a la investigación sociológica.

Ha publicado valiosas obras, ricas en experiencias e indagaciones - en el campo de la problemática social. Algunas de esas publicaciones son:

Las piedras vivas. U.N.A.M. México D.F. 1964.

Monografía Sociológica de Guatemala. U.N.A.M. México D.F. 1965.

Los partidos políticos en Iberoamérica. U.N.A.M. México D.F. 1966.

Tres Ensayos. U.N.A.M. México D.F. 1967.

Izquierdas y derechas en Latinoamérica. (en coautoría con Francisco Villagrán Kramer) Editorial Pleamar, México 1968.

Mirada sobre Latinoamérica. E.D.U.C.A. 1975.

Otras obras literarias publicadas.

Cabagüil. (Poemas) Guatemala, 1946.

Pintón, gato del arte. (Ensayo) Guatemala, 1951.

Vinieron del Mar. Ediciones Joaquín Mortíz, México D.F. 1963.

Todos los cuentos. Edición Seix Barral, Barcelona, 1981.

Su filiación política le ha ganado muchos méritos a nivel internacional, aunque también se ha criticado su pensamiento ideológico y político. (2)

En la actualidad, en su casa de la ciudad de Cuernavaca, México, in

(2) Considero que es inadmisibile juzgar al escritor a través del hombre político que fue, pues las querellas con el funcionario público nada tienen que ver con los campos de la estética literaria.

tercambia las horas de lectura con su deporte preferido, la esgrima.

Mantiene un ritmo de vida que le permite gozar de una serena adultez llena de fuerza espiritual y de vigor físico. Al respecto dice (El Imparcial, 22 nov. 1975. p.4):

"Llevo una vida organizada de trabajo, esto desde ya años. En cualquier sitio donde me encuentro lo primero que hago es organizarme. Creo que voy a morir joven y esta idea me apresura, me impulsa. He vivido con mucha intensidad, demasiado de prisa. A diario busco el contacto de la gente. No sólo con los universitarios, sino con la gente del pueblo."

Respecto de la creación literaria y la disciplina para alcanzar el éxito en la elaboración de una obra literaria, dice (Ibid):

"No creo en la inspiración. El escritor es un ente genéticamente inclinado a escribir y lo demás es trabajo, estudio, dedicación. Muchas horas sobre la máquina de escribir, armado de valor para romper lo que no sirve y volver sobre el problema."

Asimismo, reconoce cierto gusto por el valor poético como fuerza de creación para la elaboración de su obra literaria (Ibid):

"Leo más poesía que otra cosa cuando trabajo en una novela, porque juzgo que la poesía nos enseña a decir lo que queremos empleando el menor número de palabras."

El recuerdo de Guatemala y la añoranza por su tierra natal, se identifica por el deseo de un reencuentro con el mundo aborigen en el altiplano del país. El regreso a la tierra fría donde compartirá con los dioses y brujos tzutuhiles.

Para comprender a Mario Monteforte Toledo, es necesario conocer todos aquellos aspectos que inciden en su personalidad de estudioso, de político y de creador. Sobre todo, aquellas facetas que lo ubican como un pensador universal, que ha superado el medio en que le tocó nacer y vi-

vir, y ha podido valorar las doctrinas, transformarlas y volver a su pro
pia tierra como vuelven las aves a anidar o a quedarse para siempre, des
pués de haber dado una provechosa travesía por el universo.



III. MARCO TEORICO

A. La Novela Criolla Hispanoamericana

1. Generalidades y Características

El criollismo es, fundamentalmente, el encuentro inmediato de los valores propios de Hispanoamérica y su refundición en obra de arte literario. Es también, el resultado de factores naturales propios de las zonas geográficas y climatéricas del trópico americano: selvas exuberantes, ríos caudalosos, serpientes, fieras, plagas, etc.

Ya en el siglo XVI, cuando los conquistadores españoles exploraban un mundo virgen donde implantarían manifestaciones culturales y de un orden social diferente al que encontraron el soldado-cronista Bernal Díaz Del Castillo veía con asombro la exuberancia de ceibas frondosas y ríos turbulentos.

Era un mundo desconocido que despertaba el afán de explorarlo como un enfrentamiento con la barbarie: era la búsqueda de lo desconocido, como sinónimo de encuentro con la riqueza.

El cronista-narrador de los siglos posteriores huyó de las selvas, porque éstas no ofrecían las ventajas que demandaba el coloniaje. La inestabilidad y la incertidumbre no favorecieron a los posibles escritores de los siglos XVI y XVII, para sumergirse o internarse en un ámbito que estaba muy lejos del estilo de vida de la época.

Es escritor hispanoamericano de los siglos XVIII y XIX dio poca im-

portancia a la valoración de los elementos propios de su medio; su búsqueda se dirigió hacia las corrientes literarias europeas (Neoclasicismo, Romanticismo, etc.) mismas que nacieron de factores y circunstancias propios de un mundo ligado a la problemática individual y social del momento. La mayoría de las creaciones literarias hispanoamericanas, producidas hasta principios del siglo XX, tomaron como modelo la sociedad europea y su mundo imitable y "perfecto"; pero, después de la Primera Guerra Mundial, surgió en las comunidades de Hispanoamérica desencanto y desesperanza en el arquetipo de la sociedad europea, exportadora de ideales y valores en el contexto del desarrollo sociológico y cultural.

La desilusión, ante una sociedad que inhumanamente se auto-destruye, provoca una especie de ideal americanista y se toman literariamente temas propios de la región, sin desestimar corrientes afines con los movimientos vanguardistas del momento. Se manifiesta un despertar de la conciencia nacional en los literatos jóvenes de los países americanos de habla hispana, y una estricta actitud regionalista y social en la observación del mundo americano y la interpretación de sus problemas.

Los creadores literarios, especialmente los novelistas, expresan en la literatura, la originalidad de un nuevo mundo, donde tierra y gentes se mancomunan para ofrecer como su propio destino una condición vigorosa y distinta: eliminar lo ficticio y lo artificioso para revalorar los rasgos vitales y anímicos de las circunstancias locales.

Con el Criollismo, la novela hispanoamericana adquiere una fisonomía propia y se independiza de los modelos europeos; se siente por primera vez la acción determinante de la naturaleza salvaje frente a los contextos civilizadores del hombre.

El novelista describe la epopeya de la lucha contra el mal, que es la naturaleza enemiga. El héroe moral representa la civilización y lucha contra la barbarie que, muchas veces, estará representada en la naturaleza misma.

La individualidad y el carácter de la literatura criollista intenta originalidad al presentar gentes y tierra identificados no con lo ajeno y europeizante, sino con los reflejos vivos de la vida americana, factor éste que la hace universal.

En su temática, la literatura criollista posee, como rasgos específicos, sus héroes trágicos, donde la pasión lleva a una inexorable tragedia. La muerte violenta, más que el amor, es un tema constante. Aparecen elementos identificados con el temor, la crueldad y lo emocional en su máxima proyección; es una novela con tono de angustia. Se crea por consiguiente, una literatura pesimista y trágica, demostradora de determinadas vivencias de los personajes, con un final catastrófico, acento apocalíptico consustancial al espíritu criollista.

Los personajes de la novela criollista están centralizados en un solo arquetipo individual: fanáticos, inadaptados sociales, neuróticos, abúlicos, criminales, fanáticos de la creación o de la destrucción, gentes de psicología compleja.

La novela criollista tiende hacia una sustentación neoclásica, ya que pretende dar una enseñanza vivencial al hombre, de manera que éste, siendo parte de la naturaleza, no podrá vencerla; crea un respeto hacia las leyes de ésta, por que el hombre, por fuerte y poderoso que sea, sucumbe ante ella, fiera monstruosa que amenaza la vida de quien la enfrenta.

El triunfo del Criollismo en la literatura hispanoamericana se alcanza con la publicación de la novela *La vorágine* (1924) del colombiano José Eusrasio Rivera, *Don segundo Sombra* (1928) del argentino Ricardo Güiraldes, y *Doña Bárbara* (1929) del escritor venezolano Rómulo Gallegos.

En el siglo XIX, el escritor y estadista argentino Domingo Faustino Sarmiento había planteado, con el subtítulo de la obra literaria *Facundo*, el enfrentamiento de *civilización y barbarie*.

Este principio sarmientiano prevaleció como un indicio literario del fuerte influjo que la naturaleza proyecta sobre la vida cotidiana del individuo campestre.

Dice Carlos Fuentes, al comentar la frase final de la novela *La Vorágine*: "se los trago la selva", que "podría ser el comentario de un largo siglo de novelas latinoamericanas: se los tragó la montaña, se los tragó la mina, se los tragó el río." También comenta que, cuando la naturaleza interviene, "es sólo la enemiga que traga, destruye voluntades, rebaja dignidades y conduce al aniquilamiento. Ella es la protagonista, no los hombres aplastados por su fuerza."

A los autores de las novelas criollistas se les acusa de dar excesiva importancia al paisaje, de sucumbir con facilidad a la tentación descriptiva, de no llegar hasta el hombre, ocupados en la faena de desenredar la naturaleza virgen que le rodea. Esta crítica reconoce que en tal actitud literaria hay una diferencia de grados y que tales excesos se notan más en algunos novelistas como José Eustasio Rivera y Rómulo Gallegos. En todo caso, esta supervaloración del paisaje poco tiene de idealización romántica; no es, al menos en muchos escritores, una naturaleza sublime la que surge de esta épica tierra americana; es, por el contra-

rio, una fuerza tentacular, descontrolada, que parece desbocarse brutalmente al sentir el contacto del hombre.

La novela criollista alcanza su apogeo entre la primera y segunda Guerras Mundiales: (1914-1918), (1939-1945). En este lapso se mueven otros acontecimientos que, de una u otra manera, influyen en el despertar de la conciencia nacional de algunos escritores: la Revolución Mexicana (1910-1918), la crisis económica de 1930, el dominio de la protesta social motivada por las ideas izquierdistas. El descubrimiento de otros territorios por el avance de las carreteras y la introducción de la navegación aérea son aspectos que engloban la faceta histórica del éxito editorial de las producciones literarias criollistas.

Las características más relevantes de la novela criollista hispanoamericana, son las siguientes:

- a. Logro de cierta independencia de los cánones europeos.
- b. Descripción de una naturaleza exuberante.
- c. Predominio del conflicto sarmientiano: civilización y barbarie y, por extensión, el enfrentamiento del hombre contra la naturaleza.
- d. Evidencia de un conocimiento geográfico, encaminado a enfatizar la presencia de la fauna y la flora tropicales.
- e. Riqueza de vocablos regionalistas.
- f. Lenguaje poético con acento post-modernista.
- g. Denuncia social.

2. La naturaleza: factor predominante en El Criollismo

En el centro del continente americano, encontramos segmentos terri-

toriales cuyas condiciones climatéricas complementan un ámbito literario por excelencia: la naturaleza. Es ella la fuerza inevitable en la lucha del hombre por abrazar el camino vivificador del desarrollo de los pueblos.

En la creación literaria, la selva americana es un escenario de contrastes; ella asume el papel de fuerza viva para fundirse con el hombre; es la lucha, en un momento histórico, de la evolución social de América.

La naturaleza es el símbolo de la riqueza y de la fuerza del trópi-
co; en ella se fusionan los elementos y características que ella vivifi-
ca como presencia de la ley divina, y del contraste: creación-destrucción
ante el reto del hombre, quien lucha por someterla.

Es la exuberancia de un universo verde, en el que desde una hormiga
hasta el venenoso reptil tienen un lugar; desde una liana, arbusto o gua-
tal, hasta el protector guayacán o caoba, sirven de animadores en un es-
pacio lleno de fuerza y de vida.

La focalización de la naturaleza en su estado original implica la
valoración y el estudio de los elementos que la componen (jungla, agua,
animales, etc.); de ella surgen los elementos que darán a la novela crio
llista su categoría de tendencia literaria.

El valor de la naturaleza como eje predominante en la literatura -
criollista se da en el enfrentamiento y el reconocimiento del hombre con
la exuberancia, la fortaleza y la vastedad de un ámbito donde vibra la
virginidad de la jungla americana como espectáculo único e impresionante.

No de menos singularidad es la presencia de los ríos caudalosos, -
que son la pujanza bravía y que, en la novela criollista, son el tesoro
de las entrañas de la montaña; ríos como el Usumacinta son visualizados

por el hombre como engendro de la pasión selvática que emerge y corre - por la selva como fuerza viva de la naturaleza.

En la novela criollista la naturaleza está reflejada en el trópico, el sol, la fuerza de la montaña, la arrolladora pasión animal del monte, el peligro, el fuego de la selva que penetra como una corriente salvaje, impetuosa y avasalladora, donde los hombres se desintegran como gusanos y la naturaleza se cierra ante ellos implacablemente.

En el prólogo de la novela *Anaité*, (3) el autor hace alusión a la lucha del hombre contra la naturaleza, y señala, como una decisión en lo argumental, el haber puesto a sus personajes en pugna con un ambiente - más fuerte que ellos.

El predominio de la naturaleza en el relato criollista, la convertirá en el personaje central de éste. Tal fenómeno absorbe hasta la actividad insignificante del ser humano en un ámbito donde la vida salvaje e indomable envuelve el interés temático.

3. El Criollismo en la literatura guatemalteca

Dado el florecimiento de la novela criollista en los países de Hispanoamérica, era imposible evitar su cultivo y desarrollo en Guatemala, país cuyos escenarios tropicales semejan las características ambientales de las novelas *La vorágine* y *Doña Bárbara*.

En 1932, con la publicación de la novela *El tigre*, de Flavio Herrera, se impone el criollismo en la literatura guatemalteca, con sus propios elementos representativos como lo son, entre otros, el choque entre

(3) Se empleará la edición de 1948, citada en la Bibliografía de este estudio.

civilización y barbarie, temática nativa, estilo preciosista y la presencia del habla popular.

Treinta y cuatro de los primeros cincuenta años del presente siglo pertenecen a férreas dictaduras (Manuel Estrada Cabrera gobierna hasta marzo de 1920, y Jorge Ubico lo hace de 1931 a 1944) que, de una u otra manera, propician el amordazamiento intelectual y coartan la total libertad en la expansión cultural del país.

Durante el gobierno de Jorge Ubico se ensanchó la corriente criollista; las publicaciones de Flavio Herrera y de Carlos Wylid Ospina confirmaron la capacidad literaria creativa de nuestros escritores, que dieron mayor importancia a la descripción paisajista que interés a la denuncia social.

La novela criollista *Anaité*, de Mario Monteforte Toledo, mereció el Premio Nacional en 1939, y el mismo autor en el prólogo hace referencia a la mano dictatorial del gobernante al prohibir su publicación en Guatemala. (1948:7)

"El autor quiso publicarlo en su patria, pero la dictadura imperante no lo permitió."

Respecto del gobierno del General Ubico, Cifuentes Herrera dice:

(1982:28)

"...nos encontramos ante un gobierno fuerte, dictatorial, que motivó la emigración de algunos intelectuales cuyo concepto de la vida estaba en contradicción con el del régimen del gobernante. Los que no se fueron del país se retrajeron políticamente y en lo cultural se expresaron dentro de las tendencias de un postmodernismo que era sustituido paulatinamente por la irrupción de las corrientes vanguardistas."

Es evidente que los escritores de la época prefirieron evadir el enfrentamiento político con el sistema gubernamental y se refugiaron en una corriente estilística que rendía culto a la estética literaria. Los elementos postmodernistas tuvieron tanto arraigo en la creación literaria y pasó mucho tiempo para que las escuelas de vanguardia borrarán el efecto de la descripción paisajista en la novela escrita, en la década del Treinta.

La fuerza literaria postmodernista, que enfoca elementos propios de nuestra nacionalidad, la plantea Cifuentes Herrera así: (Ibíd.)

"Ese postmodernismo agónico tuvo su versión guatemalteca en una literatura vernácula, costumbrista, de la tierra, como búsqueda de lo nuestro de las verdaderas raíces identificadoras de la nacionalidad, enriquecida por el afán renovador de las diferentes modalidades del vanguardismo. De esta manera, la generación del Treinta eludió una confrontación directa con la dictadura, pero preparó la semilla para la bandera que enarbolaría la siguiente generación y que culminaría con la caída de Ubico."

La Generación del Treinta, a la que pertenece Mario Monteforte Toledo, refleja en su obra un alto espíritu por el cultivo de las letras y una acendrada dedicación a las ideas estéticas. Todos fueron jóvenes creadores, preocupados indiscutiblemente por la problemática de la literatura nacional, por su raigambre y por la valoración del paisaje guatemalteco como elemento indispensable de esa tendencia americanista.

Los elementos comunes para la mayoría de escritores de la generación del Treinta, los podemos identificar con lo que nos dice Cifuentes Herrera (1982:30):

"En primer lugar, un afán de expresarse literariamente y sin implicaciones políticas directas, a diferencia de la generación anterior, del veinte. También fue un senti-

miento común aglutinador, la exaltación de lo nuestro... en una forma más clara e interpretativa de la realidad del contorno."

Anaité, como otra de las novelas criollistas en la literatura guatemalteca, embellece el lenguaje literario y ensancha los horizontes de la novela con descripciones preciosistas, dándose con ello la madurez criollista al presentar el efecto delirante de la naturaleza tropical como característica primordial de su temática.

Al darse la publicación de *Anaité*, el criollismo, como movimiento literario, adquiere fuerza y plenitud en las novelas encaminadas a esta tendencia dentro de la literatura guatemalteca.

IV. ANAITE, LA NOVELA CRIOLLISTA DE MARIO MONTEFORTE T.

A. El asunto: la novela Anaité y su origen en una aventura al río Usumacinta.

He localizado material extraliterario donde consta la experiencia de un viaje realizado por el autor al río Usumacinta, el cual permite hacer una mejor valoración de la obra y explicar la fuerza de la naturaleza como un elemento que predomina en la novela *Anaité*,

Esos aspectos asuntuales de la novela, hasta hoy desconocidos en los textos de la literatura guatemalteca, nos permiten descubrir el exuberante mundo tropical, que sirve de marco a una de las principales narraciones criollistas escritas en Guatemala.

Las vivencias que Mario Monteforte Toledo y sus cuatro acompañantes tuvieron en su contacto con la naturaleza durante el viaje a tierras peteneras, están explicadas en entrevista hecha a uno de ellos, el licenciado Arturo Herbrúger Asturias, y publicada en "El Imparcial" el 4 y 5 de marzo de 1937, en las páginas 1, 6 y 7, la cual se incluye como apéndice del presente trabajo.

La novela *Anaité* fue publicada en el año 1948; en el prólogo, el autor informa haberla escrito más de diez años antes.

La obra la dedica a Jorge Asturias Sierra, Gregorio Prem Beteta, Arturo Herbrúger Asturias y Jorge Jiménez Paz, por haberlo acompañado en una aventura que originó la inspiración literaria.

El miércoles 6 de agosto de 1986, el señor Arturo Herbrúger Asturias

me concedió una entrevista privada, durante la cual, con la cortesía y educación que le caracterizan, aceptó contestar algunas preguntas que se referían al viaje por el río Usumacinta, hace 50 años. Imbuido de un gran entusiasmo y una alegría galopante en todas sus expresiones, el licenciado Herbrúger principia a referirse, con mucha lucidez, a todos los pormenores de la valiosa expedición:

"—A finales del año 1936 decidimos, con otros muchachos, entre ellos Mario Monteforte Toledo, hacer un viaje por el río Usumacinta. Todos, motivados por un espíritu de aventura y la atracción de conocer el lejano Petén, dispusimos irnos por Cobán y llegar pronto al río Chixoy que nos llevaría hasta el alto Usumacinta. También queríamos poner a prueba nuestro conocimiento sobre lanchas remeras, porque era un deporte que a todos nos gustaba.

Recuerdo que unos días antes de la partida, Don Alejandro Córdova - nos había ofrecido darnos financiamiento y, a cambio, nosotros escribiríamos nuestras experiencias, al final no nos dio lo ofrecido; meses después yo escribí algo y me dio diez quetzales.

De las experiencias que no olvido, está: la forma peligrosa en que vencimos los rápidos de Anaité, creo que una lancha no resistió la fuerza del río y la perdimos.

Recuerdo también que, en una montería a donde llegamos para descansar, vivía un doctor, que no recuerdo su nombre; había una patoja, creo que era su hija, muy bonita, no se me olvida que cuando nos vio a todos, se quedó boquiabierta, asustada o extrañada de ver gente chancle que llegaba de la ciudad capital.

No olvido una noche que descansábamos en plena selva, y no nos dejó

dormir el griterío de muchos saraguates; fue un estrépito de rugidos. Muchos de esos saraguates han desaparecido; yo fui 12 años después por los mismos lugares y la selva era silenciosa, como si una peste los hubiera - extinguido.

Conocimos el sitio arqueológico de Piedras Negras y estando allí, decidimos ir a conocer un grupo de lacandones. Caminamos todo un día, al fin llegamos; teníamos miedo, pero nos recibieron muy bien; conocimos al jefe llamado Santo Domingo; posteriormente Jorge Asturias junto con Mario Monteforte los trajeron a la capital y estuvieron en la feria de noviembre de 1938.

Nuestro viaje continuó, y en Tenosique, México, conocimos a un hombre contrabandista y creyó que nosotros éramos espías del gobierno del general Ubico; nos quería hacer alguna mala pasada; afortunadamente la esposa nos informó de las intenciones de su marido; nosotros decidimos invitarlo a tomar unos "tragos", hasta que se emborrachó y optamos por salir de su casa y continuar el viaje.

Posteriormente cambiamos de transporte, llegamos a Veracruz y de allí para la capital de México, de donde regresamos a Guatemala. Ya cuando - estabamos aquí, escribí una crónica en el diario "El Imparcial", donde - describí las experiencias del viaje; eso fue en los primeros meses de 1937".

La entrevista permitió al señor Herbrúger hacer gratas reminiscencias sobre una experiencia que vive aún en su memoria. Gracias a él, el presente trabajo incluye una fotografía donde se encuentra Mario Monteforte Toledo, el Lic. Herbrúger Asturias y las otras personas mencionadas anteriormente.

Al preguntarle si él consideraba que algunos personajes de la novela

Anaité tenían similitud con la vida de personas de la vida real, Herbrúger respondió:

"— Jorge Asturias Sierra, mi primo, creía que el personaje Jorge, era una alusión hacia su persona; Jorge cada vez que veía a Mario le decía: "Vos me sacaste en tu novela *Anaité* y la gente se va a reír de mí." Mario le contestaba, entre risas y palabras, que no tuviera pena, que en Guatemala había muchos personajes conocidos llamados Jorge, pero ninguno de esos era la persona representada en su novela.

Para finalizar la entrevista, Herbrúger me manifestó que él tiene no ticias constantes de Monteforte Toledo, con quien se escribe y que vendrá a Guatemala muy pronto a estrenar una obra de teatro llamada: *El santo de fuego*.

B. Resumen Argumental

Jorge (sin apellido) viaja a las márgenes del río Usumacinta, en el Petén; su misión es explorar una región maderera concedida por el gobierno, hacer fortuna para satisfacer las exigencias que la novia le impone para casarse con él.

Antes de partir conoce a Rafael, quien lo acompaña por tierras peteneras en donde ha vivido anteriormente. En el trayecto del río Usumacinta conoce las monterías; en ellas se abastece de hombres y recaba informa ción de los terrenos donde cortará maderas finas para venderlas a una com pañía extranjera.

El narrador describe las monterías de José Némiga, del Dr. Wood y la de Agua Azul. De aquí en adelante le acompaña Juan Ross, quien será uno de sus ayudantes principales.

Cuando llegan al destino indicado, conocen y viven la furia del río Usumacinta, los raudales de "Anaité" y los movimientos peligrosos de su corriente.

El nombre del raudal y de la montería: "Anaité", significa "flor caída", en lengua maya.

Jorge y su gente, ya establecidos en la montería "Anaité", experimentan el enfrentamiento con la naturaleza; se inicia el corte de madera, y el personaje medita demasiado sobre el amor que le espera en la capital.

Han pasado dos años de su llegada a la selva y anhela el arribo de una carta de su novia; le extraña que ésta no le responda con la efusividad y el cariño con que él escribe.

Mientras Rafael, Juan Ross y Pancho Luna administran e inspeccionan los trabajos del corte de madera, Jorge decide visitar la montería del Dr. Wood, donde además de hablar sobre el negocio maderero, descubre en Carmita, la hija mayor del doctor, a la mujer joven llena de coquetería a quien identifica con una precocidad amorosa tropical. Jorge no puede evitar el encanto de Carmita y ambos se entregan amorosamente.

Al regresar Jorge a la montería "Anaité", confirma que Rafael es un individuo que no goza de la confianza y amistad de los demás monteros, exceptuando a Pancho Luna, quien mata a un hombre por defender a su amigo. Jorge ve en Rafael al tipo impulsivo y amargado que proyecta agresividad hacia quienes le rodean.

En la segunda parte de la novela, el autor describe la violenta vida y la muerte de los hombres; asimismo, el abuso de Rafael, al tomar sexual y violentamente a la mujer de Juan, sirviente de Jorge. Esta violencia humana es descrita como un engendro del trópico selvático y de la fuerza

natural del ambiente que rodea toda la acción de los personajes.

Después de permanecer tres años en "Anaité", Jorge se da cuenta que su necesidad de regresar a la capital, convertido en un rico maderero, se debe a su angustiada ambición y piensa que pronto llegará el día del encuentro final.

Contrasta, con la vida de las monterías, una descripción donde Jorge y sus principales colaboradores participan en una fiesta en la ciudad mexicana de Tenosique. Se narra de ella el encuentro de Rafael con Vergara, contrabandista mexicano que posteriormente compra a Carmita, aprovechando un desequilibrio del padre de ésta, el Dr. Wood. Asimismo, el aparecimiento de Lola, la mujer que se enamora de Rafael y que lo busca después en la selva.

Más adelante el autor mezcla la vida bárbara de la selva, como es el ataque del tigre a la montería, con la muerte de éste de manos de Jorge; la mordedura de una víbora nahuyaca que lleva a Rafael al borde de la muerte, y la discusión de Jorge con otros monteros sobre la explotación del trabajador.

Abundan las descripciones de la lucha de Jorge contra la selva para poder sobrevivir, asimismo contra los hombres embrutecidos por ésta.

El calor, las serpientes, la violencia del río, las fieras en acecho, la maraña de plantas y árboles despiertan pasiones viles en un mundo primitivo y salvaje.

Monteforte Toledo recalca sobre la injusticia y el abandono que rodea al indígena lacandón, y muestra lo anterior con el viaje que Jorge y sus acompañantes hacen a una pequeña comunidad, donde conoce el sistema de vida. Habla de su amistad con Karanz, el jefe lacandón, quien le ense

ña la bella e interesante intimidad de su raza.

Las monterías del río reciben la visita del principal empresario maderero, que llega a hacer una inspección sobre el fructífero negocio en la selva; le acompaña su esposa, la señora de Freisen. Tras una efímera amistad con Jorge, ésta le confiesa su atractivo. Los rigores de la vida selvática afectan a la bella mujer extranjera que, con sus modales aristocráticos, se convierte en una víctima de la barbarie; al enfermarse, debe abandonar urgentemente la naturaleza salvaje.

Al final de la novela, Jorge no soporta más la fuerte necesidad de viajar a la capital y reunirse con la novia; su regreso a la ciudad, después de cuatro años de ausencia, lo hacen sentirse extraño dentro de la civilización. Cuando llega a la casa de su novia se entera que ésta se ha casado con otro.

Jorge, en una actitud de ira, decepcionado de la civilización, decide regresar a la montería, la que encuentra totalmente destruida e incendiada. Un lacandón le refiere que hubo un enfrentamiento armado y que Rafael, después de haber cometido el hecho, huyó con sus cómplices selva adentro.

Jorge prefiere convivir con los lacandones para siempre, entre la sencillez de la gente salvaje, sistema de vida que él considerará superior a la refinada sociedad civilizada de la capital.

C. La naturaleza en Anaité

1. Naturaleza y selva: un universo vivencial

La novela *Anaité* es una clara muestra de la pujanza de una parte del territorio guatemalteco: las márgenes del río Usumacinta y la exube-

rante selva petenera; así, Mario Monteforte Toledo hace, en el prólogo de la obra, una mención al ámbito, donde ya se establece un vínculo con la temeraria aventura del hombre de acercarse a la naturaleza (1948:8):

"Quiso tratar en este libro la lucha del hombre contra la naturaleza en un país donde ésta es veril de salvación romántica y amenaza de los seres superiores."

Asimismo, se atisba un enfoque de característico criollismo, donde surge la majestuosa estampa de la vida salvaje e indomable.

"...poner a sus personajes en pugna con un ambiente más fuerte que ellos."

A continuación hace un reconocimiento a esa naturaleza y selva en un entorno geográfico determinado dentro del contexto nacional, cuando dice (1948;10):

"Son estas páginas de gran sinceridad, casi de sumisa reverencia ante la belleza cruda de las selvas de Guatemala."

Esta referencia al ámbito de la novela, que Monteforte Toledo hace, quedó plasmada en el prólogo, cuando dice Ibid):

"...los capítulos de Anaité están organizados con la secuencia de una crónica, una especie de itinerario que tiene sus jalones en las márgenes del río Usumacinta, desde las peñas tierrafricanas donde nace hasta las sombras de la jungla, donde los árboles tienen más envergadura que las aguas."

La identificación que el autor hace de la selva y naturaleza, como escenario donde emergerá el florecimiento frecuente de las formas en la descripción y la combinación del paisaje, es también la lucha de la vida, vegetal y animal en disputa dentro del cosmos natural (1948:53):

"Así se disputaba la vida; centímetro a centímetro. Del agua venía la pujanza nueva; de la montaña salía por la noche el hambre, la necesidad, que también era la vida."

Es el anterior un mensaje de creación y de génesis científico que representan naturaleza y selva como sinónimo de vida, y que ésta provino del agua.

Cuando se menciona el ámbito dentro de la selva petenera, se reconoce al trópico, el lugar cuyas características elevan a condición de lucha ambiental el acercamiento estratégico del hombre hacia ésta. Leamos (1948:73):

"A la entrada de la selva reposó la caravana, con su puñado de ambiciones y su mañana desconocida. Allí tendría que hacerse la obra entera y la fortuna. Los monos bramaban a intervalos en sus inexpugnables ramas. Entre la noche una araña gigante bordaba su silencio en tela plateada."

Aunque la cita anterior no es más que una realidad de enfrentamiento naturaleza-empresa humana, se manifiesta el peligro y la incertidumbre latente de un medio inseguro y salvaje.

La naturaleza, en este caso la selva, también puede constituirse en compañía para que el hombre doblegue su soledad, pero a la vez ésta es valorada en sus efectos positivos cuando el autor narra (1948:96):

"Porque allá a media selva, donde siempre había cierta ternura húmeda, se conseguía la soledad más fecunda que podía encontrar un hombre."

Es necesario mencionar que, en la descripción sobre la importancia que selva y naturaleza tienen como parte del escenario en la novela *Anaité*, se presenta también un criollismo *modernista*, fecunda corriente artística

que condiciona la descripción realista a un cuidadoso manejo del aspecto formal del idioma. Una y otro ofrecen unidad estética a la narración.

La combinación del paisaje con un sinfónico panorama de la vida selvática, engrandece la objetividad y el equilibrio del relato, permanece lo importante de expresar la belleza de la selva y de la naturaleza en afinidad con el movimiento de animales, fenómeno antitético de la violencia salvaje (1948:110):

"Allá adentro todo era más bello. Era verdad. Los loros armaban un fárrago inaudito y las guacamayas volaban más bajo que en las márgenes del río. Miriadas de pájaros hacían una corona alrededor de cada árbol. Los espumuyes de cuello negro se hacían el amor entre los macizos. A veces irrumpía una cadena de micos que se iba perdiendo entre las ramas con una gritería eslabonada; más tarde maullaban las fieras."

Esta vida animal, salvaje, va adentrándonos en las raíces de una proporción selvática que, en determinado momento, refleja el equilibrio de las fuerzas naturales en conflicto, fuerzas que la vida misma controla como una ley nacida del exuberante torrente tropical.

Dentro de la temática de la novela criollista, es la naturaleza la que representa papel protagonista; ella reflejando una majestuosa estampa de la vida salvaje e indomable; su temática va adherida a la creación de belleza espontánea, que eleva a dicha naturaleza a la categoría de personaje central; de esta manera todos los fenómenos que ella genera minusvaloran la condición humana, relegando a la impotencia vital su acercamiento a ella, propiciando un efecto de absorción. Leamos (1948:145):

"Una sumisión a la selva, a la palabra candente y autoritaria del sol del trópico, que empollaba fuerza atómica entre el bosque."

El papel de la naturaleza, en la cita anterior, patentiza que todo - lo que aquella encierra (el hombre absorbido y supeditado a su fuerza) despierta resentimientos motivados por la magnitud del trópico y sus consecuencias naturales.

El ámbito real de la novela *Anaité* surge del acercamiento del hombre con la verdadera selva, espacio donde el peligro engendrado por ésta no es una excepción, sino la descripción normal del enfrentamiento del hombre con sus enemigos comunes. De esta apreciación surge el interés de mencionar, en la mayoría de novelas criollistas en la literatura guatemalteca, el apareamiento de fieras, víboras, plagas y otras manifestaciones que la naturaleza, a través de la selva, envía al hombre para acrecentar su poder de defensa y agresividad a la vez.

Así, el tigre, rey de la selva tropical, es descrito por Monteforte Toledo como un guardián celoso de la violación que el hombre hace de sus dominios (1948:149):

"Ciertas noches llegaba el tigre. Agazapado al borde de la selva, se relamía al otear la redonda carne de los bueyes, que se agitaban y mugían atemorizados. Algún montero despertaba y lograba ver los ojos ividescentes de la fiera; - pero cuando apuntaba la escopeta ya se había ido, y los perros no venteaban de noche. El montero volvía a tumbarse en la hamaca y el tigre rugía de hambre en lo apretado del bosque, mientras los pájaros se esponjaban medrosamente y los animales se pegaban unos con otros. En las altas horquetas distendía los anillos su sueño pastoso una boa gigantesca."

Vemos como los elementos de contraste, en la cita anterior, alcanzan un nivel de movimiento y tensión gracias a los peligros de la selva en sus diferentes dimensiones; peligros que ubican a los animales en sus estratos de supervivencia dentro de un ambiente competitivo.

Así vemos que tigre, hombre y demás animales conviven en los peli-

gros de una selva cómplice y voraz que encarna a la naturaleza en su fuerza de equilibrio vital.

Para concluir el campo literario referido a la importancia de la naturaleza y la selva en la novela *Anaité*, haré referencia a la manera cómo la germinación, en función de sinónimo de vida, alcanza una fuerza generativa y lleva al plano de la exuberancia universal el clamor y la necesidad de multiplicar una existencia natural entre vegetales y animales.

Asimismo, contrapone la vivencia temática al peligro y la muerte que la misma selva engendra, respetando leyes naturales de existencia ecológica (1948:258):

"Todo nace: los hijos de los árboles y de las aguas y de las montañas; llegan los moneros con nidadas de tortugas, los pececillos nuevos, con crías de animales del bosque, con pichones peludos y boquiabiertos, con guardabarrancas y cenontles que aún no saben cantar. Hay que cuidarse la culebra está en mala luna y lleva cien muertes concentradas en sus glándulas repletas. Se han levantado las plagas y los moscos zumban en densas capas."

La naturaleza y la selva representan un campo salvaje de existencia, donde la vida, en función de colectividad, genera germinación y muerte para mantener como una *ley divina* los principios mismos de la naturaleza.

2. Fuerza y belleza de la naturaleza

El primer rasgo de interés que sobresale en la temática de la novela *Anaité*, es la vigorosa presentación de la naturaleza en la descripción de la fuerza en concomitancia con la belleza.

Este contraste hace que el ámbito sobresalga a través de sus componentes (vegetales, animales, minerales, etc.) y se equilibran por el peso de sus mismas leyes, que hacen del relato criollista una elevación del

mundo natural. Esta fuerza y belleza son elementos claves y se presentan con características de oposición y contraste.

En ese marco de oposición y equilibrio, Mario Monteforte Toledo vivifica el ámbito donde se da el paralelismo de fuerza y belleza y lo describe así (1948:18):

"La embarcación se había convertido en una brizna. El agua mostraba su fuerza enroscada entre lo negro de sus entrañas... la tarde se ha puesto gris y guacas y loros rajan - sus pechos en el viento, con su traquido de juguetes mecánicos. Entre la penumbra y el abrazo que se dan el río, el cielo y la montaña, brillan las primeras luces de la monterña."

La cita anterior hace referencia a los primeros momentos donde se da el contacto de los hombres en el impetuoso caudal selvático, evidenciándose una realidad de fuerza y belleza, elementos claves en la obra, como ya se dijo.

Para describir la belleza, el autor utiliza recursos poéticos (1948:23):

"La noche no se parecía a ninguna y el río musitaba su lengua incomprensible."

Además de la calma que plantea la noche, se entrevé la fuerza pasiva del río la que, dentro de su tranquilidad, denota un silencio propio de su naturaleza.

De igual manera, vemos cómo la noche se apodera de la fuerza de la naturaleza, como si la adormeciera para revivirla después (1948:23):

"Todo había callado. Un vapor sólido llenaba la noche; los mosquitos silbaban rabiosamente fuera del pabellón."

El río Usumacinta es, en *Anaité*, presencia determinante (1948:25):

"El río seguía susurrando su historia muerta de agua errante."

Sin mucho profundizar en los elementos poéticos del contexto anterior se puede valorar la belleza del río en contraste con la vida natural que lo rodea.

La temporalidad descrita en un ámbito natural no elimina el contraste de la belleza en relación con los cambios que la fuerza de la naturaleza encarna. También advertimos la agresividad del sol y el enfrentamiento día-noche en la revelación de un instante de cambio (1948:27):

"Ahí todo cambiaba en una noche. Hasta el cielo parecía una hechura nueva tras los dementes rayos del sol que se filtraban por la palma de los techos; hasta el río llevaba yerbajos de tonos chillones. Las garzas bajaban precipitadas y se fugaban en parábolas abiertas."

Espacio, tiempo y movimiento; tres elementos que hasta la página 27 de la novela, son parte de la descripción del ambiente en el que se forja la belleza del contraste *mundo animal y mundo vegetal*, dando como resultado una ampliación de la naturaleza selvática.

También el mundo animal es belleza que, dentro del peligro y la fuerza de la selva, atestiguan con sus movimientos el paraíso de un mundo que pretende ser el remanso de esa belleza natural: aves, montaña, vida, movimiento, etc.

Leamos cómo lo describe Monteforte Toledo (1948:29):

"Los pájaros goteaban desde los árboles sus cantos de montaña. Una ardilla daba un salto de redondel de circo de un tallo a otro y se quedaba coqueteando. Loros y pericas protegidos por la clorofila interminable, parloteaban por todas partes. Una orquídea morada salía de entre los dedos de una horqueta."

Y se da una aceptación del sistema vivencial que se refleja en dicho

ámbito, no importando el agitado trabajo que implica existir en la selva (1948:29):

"Se respiraba a plenos pulmones aquella vida intensa."

Una naturaleza asfixiante se manifiesta ante el hombre que la enfrenta (1948:29):

"El calor era sofocante y la selva pugnaba por abrumar a los intrusos con la maraña viva de sus árboles."

Sublime momento en el que la selva contrapone su fuerza destructora al encanto poético de la belleza, y satura la atmósfera con el sonido vivificador del descanso (1948:34):

"Dentro del bosque, una algarabía de pájaros ayudaba a dar a la hora su tono dulce y difumado."

Más adelante, siempre dentro del marco de la belleza y teniendo como recurso el elemento poético, Monteforte Toledo acude a la descripción del color para resaltar la fuerza de la naturaleza (1948:36):

"Los pájaros callaron. Resbalando entre las hojas, caían al camino como borbotones de sangre los últimos rayos del sol."

Aunque el modernismo es una escuela literaria que ya no tiene vigencia en la década de 1930, la novela criollista posee cierto remanente estético de aquél, en el uso de elementos sinestésicos; novelas como *Anaité* describen la belleza de la naturaleza con la fuerza de una luminosidad exótica.

El autor nos describe un espacio temporal con movimiento e iluminación, donde resaltan estéticamente el equilibrio de los diferentes elementos de la selva. Leamos (1948: 44, 45):

"Había un cristalino despilfarro de estrellas en la alborada."

"Las últimas sombras se retorcían bajo la arboleda de las márgenes. El sol se veía de nuevo, lujuriente, como la punta de una lengua rosada, entre la gritería de los animales y el vuelo parsimonioso de las aves."

"Las guacas pasaban clamorosamente sobre la cinta del río. Pájaros a millares confundiendo sus trinos con el polvillo de la mañana. Un grueso ronquido de monos enredado a los troncos de los árboles seculares."

En el último párrafo citado, Monteforte Toledo principia por hacer - señalamientos de cómo, a través de la visualización de los componentes selváticos (animales - vegetales), se establece un equilibrio entre fuerza y belleza en el ambiente singular de la barbarie.

Además, es el mismo misterio salvaje donde la temporalidad y el espacio acaparan el interés del narrador. Hay un momento en la novela *Anaité*, donde la realidad del ambiente selvático se desplaza hacia estratos más fuertes y, de la dicotomía fuerza-belleza de la naturaleza, surge el desorden y la violencia, todo ante el crecimiento de campos climatéricos, dando realismo a la narración (1948:96):

"El sol, terrible como un pedazo de hierro al rojo blanco, parecía derretir las yerbas del calvero; los animales se escondían bajo los techos de palma y el bosque exudaba lo mismo que una bestia cogida por sorpresa en medio de un inmenso campo destapado."

Lo anterior es el efluvio de un trópico desenfrenado que hiere incluso a los animales y plantas, con los rigores de su fuerza exuberante y avasalladora.

3. El río Usumacinta y los raudales de "Anaité"

En el ámbito de la novela, que es fundamentalmente la naturaleza

que rodea el río Usumacinta, figura la esencialidad de lo bello, de lo misterioso y también de lo profundamente salvaje.

Al referirse el autor a Tavín Almeida, uno de los personajes que en raiza su vida al río y que por reyertas violentas tuvo que buscar el refugio de la selva, dice así (1948:62):

"Tavín hubo de huir y se refugió en el Usumacinta."

Se deduce que, dentro de la misma fuerza que ejerce el río y sus alrededores, éste crea un mundo secreto, misterioso y cómplice donde el mismo calor de la naturaleza absorbe el olvido del pasado y engendra un tipo de individuo hecho a su semejanza para poder sobrevivir.

Asimismo, los hombres que valoran sus circunstancias y el medio que los rodea ejemplifican, con el río, la utilidad y la sobrevivencia (1948:64):

"—Te vas ahora mismo, borracho! Ya no sirves ni para el río."

Unido a las valoraciones anteriores, también se hace un enfoque de la importancia del río Usumacinta en la tarea destructora de la explotación de la madera. Los personajes manifiestan sus deseos de compartir con la selva. Respecto del personaje Juan Ross (1948:65):

"Esperaba la oportunidad de salir de las casas para trotar libremente bajo los árboles y ver como se derrumbaría la montaña por la arteria desnuda del río."

El papel de la naturaleza en la selva puede identificarse en diferentes campos: la jungla (mundo vegetal), el reino animal, fenómenos atmosféricos, el agua, etc. En la novela *Anaité* aparece la fusión de los factores anteriormente mencionados, pero es necesario describir la importancia

y el campo relevante que ofrece la fuerza del río, ya que éste ocupa un lugar de mayor interés temático en la obra.

El río Usumacinta identifica un ámbito geográfico dentro de la literatura guatemalteca, ya que sirve de escenario, con su prodigiosa belleza, para mostrar el drama del hombre en toda su fuerza, haciendo gravitar sobre él todos los conflictos que se le plantean.

Mario Monteforte Toledo, hace un enfoque descriptivo de la naturaleza exuberante, aunado al peligro y fuerza que emanan del río (1948:66):

"A los pies de los acantilados, que formaban pétreas murallas, las aguas del Usumacinta se estrechaban hasta menos de cien metros; el río echaba borbotones de espuma y rugidos impresionantes. Era el raudal de Anaité: el paso más temido de todo el curso de la vía fluvial, desde el Peyán, en Guatemala; hasta el estuario de puerto Obregón, en el Golfo de México."

La identificación de la zona geográfica petenera trae un mundo asociado al abandono y barbarie, donde la presencia del río Usumacinta refleja el cosmos que el autor quiere dar a conocer instrumentalizando la literatura con un fin estético, como lo es plantear la rústica belleza de las selvas de Guatemala.

Seymour Menton (1960:247) dice: "No cabe duda de que el propósito principal de Anaité fue captar la barbarie de la región remota del Petén".

Con la identificación del nombre "Anaité", ligado a los fuertes raudales del río Usumacinta, aparecen las primeras manifestaciones del enfrentamiento del hombre con la naturaleza en la novela criollista, ya que se va a dar una relación con la tradición hombre-río, como un arraigo con la naturaleza.

El personaje Gaspar De la Cruz es el hombre que ha dejado su experiencia en el manejo y conocimiento de los raudales del río Usumacinta,

especialmente los raudales de Anaité (1948:67):

"Su nombre estaba ligado a la fama trágica de Anaité. No había una canoa que se atreviera a bajar sin que Gaspar la patronara... Conocía las reconditeces del raudal como la piel de una vieja amada."

La absorción que la naturaleza, a través del río, había hecho de Gaspar, no era más que el resultado de un enfrentamiento con las fuerzas de la naturaleza y la evidencia constante de acrecentar la experiencia de éste en el dominio del ambiente (1948:69):

"La lancha adquiría cada vez mayor velocidad; las corrientes se entrecruzaban como las fibras de un lazo, y se levantaban enormes olas amenazando arrollar la embarcación."

El autor hace énfasis en la asociación de los raudales de Anaité, con la fuerza entrañable del río como parte de la naturaleza salvaje del Pe-tén; a la vez, eleva el nombre a la categoría de la obra, como sinónimo de fuerza, de lucha, pero sublimiza el significado de Anaité, con una humanación nacida de la propia naturaleza del río. Al respecto el personaje Juan Ross refiere (1948:70):

"Anaité—prosiguió el viejo como hablando consigo mismo—: "Flor Caída", en maya. Hasta el nombre es hermoso. Debe haber sido una leyenda olvidada en torno a este lugar, de alguna princesa muerta en sus corrientes. Quien sabe!"

La descripción que Monteforte Toledo hace de los raudales demuestra, con todo realismo, el peligro que enfrenta el hombre por conquistar el mundo avasallador de la naturaleza; se creería que el mismo río obstaculiza, con su fuerza y movimiento, que los sitios recónditos y vírgenes sean conocidos por un hombre que, para sobrevivir, tiene que destruir (1948:70):

"A veces la canoa resbalaba sobre una pailón; luego dos moles de agua turbia se elevaban por los costados comprimiendo la madera, que crujía lastimeramente; desaparecía la visual de las márgenes cortadas a tajo, para aparecer de nuevo cuando el cayuco era levantado en vilo en el lomo de una ola. En un remolino, De la Cruz quedó de proero, mientras que el otro gritaba atolondrado detrás; pero de nuevo la lancha recobró su posición y se desprendió de la fuerza centrípeta del zurdidor como impelida por una explosión."

Puede decirse que la fuerza de la tierra tiene un efecto convulsivo, como un espíritu nacido de la leyenda y que, a través de los raudales, germina como guardián de las interioridades de la selva, reaccionando ante la presencia de alguien que intenta romper el mito y el misterio que guarda y protege la naturaleza.

El significado y fuerza argumental del río, dentro de la novela, alcanza universalidad, a la vez que se convierte en un microcosmos, donde la fuerza que teje la actividad de todos los seres que habitan en él está fuertemente ligada al destino de su vida, al camino inevitable de la absorción del medio y supeditada a su misma fuerza natural, haciéndoles parte de ella (1948:121):

"Aquí todo es hijo del río; los animales son pardos, como las aguas; el horizonte está confundido con las riberas, los árboles dejan los troncos bajo el corrental, y todo se deja llevar como si el agua fuese su destino último. Estos hombres son lo mismo que los cayucos hijos del río, llevados de la corriente. La selva les ha hecho perder la noción del tiempo y de la muerte; por eso desconfían de su trabajo: porque se fijan en un lugar determinado en una tarea, mientras algo más fuerte los arrastra."

El río es fuerza donde los personajes crean un espacio vivencial alrededor de él; puede definirse como una imanación que el trópico selvático va acrecentando en el hombre, y también donde se evidencia un monstruo (río-selva) que personifica la tragedia.

La permanencia del hombre dentro de la región, dominada por la fuerza del río, va creando un mayor acercamiento hacia las convicciones de la persona que admite progresivamente una aceptación del poder ambiental, que va reduciendo su capacidad de humanación, como instrumento vivo de la naturaleza, sujetándose a las leyes que el río le impone. Leamos (1948:124):

"Allí se comprendía mejor que todo era hijo del río: las lianas que se estiraban como hule crudo; los musgos que arropaban la añosidad nudosa de los árboles; el paxte que algodónaba las ramas. Todo se estrellaba en las paredes de esa bóveda; hasta el pensamiento pegaba contra el bosque como una mariposa enloquecida. Y en la proliferación poderosa del lino húmedo, los hombres anclaban sus ansias, haciéndose también río y selva."

La enumeración y descripción de elementos vegetales dan importancia al relato, empequeñecen la figura humana y hacen resaltar el juego de la naturaleza vegetal con la indefensa condición enajenante de los monteros.

Hay asimismo, en la proyección descriptiva de una naturaleza espectacular a través del río Usumacinta, una constante evocación del poder absorbente en todo lo que le rodea: vida y muerte enlazadas en las leyes que sostienen su propia existencia.

El aparecimiento del movimiento criollista en la novela hispanoamericana tiene, entre uno de sus propósitos, la revaloración de un individuo nuevo, que tome los ideales propios de nuestra tierra americana y es, dentro del marco valorativo, donde la novela *Anaité* describe cómo el hombre que deambula, junto a sus intereses en las márgenes del río, demuestra una identificación con los cambios de ideales y su adaptación a una escala de valores diferente a la que normó su vida dentro de la civilización (1948: 262):

"En el río Usumacinta hay una moneda, fuera de circulación para los que no comercian con el corazón en la mano; para "los nuevos", a quienes aún no ha mordido el sol hasta el revés de las venas: la moneda de la lealtad."

D. Civilización-Barbarie

1. Enfrentamiento

En las páginas anteriores se hace mención descriptiva del poder avasallador de la naturaleza en la mayoría de campos, donde su fuerza se confunde con la belleza del paisaje.

La presencia del hombre queda reducida a su mínima condición, dentro de un ámbito que, conforme se va conociendo, agiganta la fuerza con que aniquila y absorbe la figura humana.

La novela criollista sistematiza, en su proyección literaria, una enseñanza de reminiscencia neoclásica: se debe aceptar la fuerza y predominio de la naturaleza por encima del individuo mismo; ese elemento lleva al hombre a aceptar la hegemonía y condicionamiento de la naturaleza como creadora del mundo que lo rodea.

Sin embargo, es el espíritu de lucha del hombre, la indagación del mundo desconocido en la naturaleza, el que genera un reto en la búsqueda de un enfrentamiento tan desigual.

La novela *Anaité* pretende en su temática enfrentar al protagonista, Jorge (sin apellido) con la selva petenera; su afán es explotar, en las márgenes del río Usumacinta, selvas de maderas finas, cuyo producto le permita ganar mucho dinero y así ofrecer, a la novia que ha dejado en la capital de Guatemala, mejores condiciones económicas para que ella acepte casarse con él.

Al ubicar a Jorge en ese ámbito, Monteforte Toledo hace la siguiente descripción, en la que se manifiesta un conflicto por vencer y dominar un mundo extraño y aún virgen: (1948:71):

"Jorge miró pasmado aquella montaña apretada, hirsuta, hostil, donde habría que robar el último palmo a un terreno intocado; habría que derribar los enormes árboles orilleros, aplanar los tronconales, hacer las champas, limpiar..."

Es evidente que Jorge idealiza un cambio de algo que, al transformarse, se convertirá en un nuevo campo de vida: (Idem)

"...ir convirtiendo la selva en cosa amable, sumisa."

Juntamente con el cambio que el personaje quiere lograr en la selva, se da cuenta de la realidad que le rodea y experimenta desencanto al compararse con ella.

"...Jorge midió lo que faltaba para aquella tarea gigantesca y se sintió pequeño y sin fuerzas."

Tal característica permite clasificar a *Anaité* como novela criollista.

Se presentan descripciones donde el hombre ve amenazada su existencia dentro de la selva, por la presencia inminente del peligro como señal de muerte; así, *Anaité* es una evocación constante de la fulminante serpiente nahuyaca, que representa la síntesis de todos los peligros de la selva, fiel guardián que, con su mimetismo, logra esconderse en posición de reto y horror (1948:72):

"— Don Jorge, la nahuyaca— ¡Levántese de allí! Jorge dio un salto desastrado: a unos pasos de donde había soñado - el sueño despierto de todos los que van a iniciar algo grande, erguía la horrible cabeza amenazadora una culebra atabacada con rombos negros sobre el lomo, la lengua vibrátil fuera de las fauces entreabiertas."

La nahuyaca es reptil temible y silencioso. En ella la naturaleza delega la destrucción de quienes invaden su territorio: la selva.

Más adelante, en el desarrollo temático de la novela, nuevamente revise interés la aparición del peligro mortífero que representa el ataque de la selva a través de la nahuyaca, pero esta vez no es Jorge, el personaje central, el que la enfrenta, sino Rafael, quien vive el abrazo de la muerte como consecuencia de la mordedura de la víbora (1948:212):

"Partiendo la espesura, se oyó inesperadamente un espantoso grito de dolor, luego otro, más ronco tumbado sobre el monte, Rafael apretaba la pierna con el pañuelo, haciéndose al mismo tiempo con el cuchillo despiadadas heridas hasta el tobillo. Estaba intensamente pálido y los ojos parecían quererle salir de las órbitas, llorosos y con la sangre agolpada. Con la punta del cuchillo señaló hacia un matorral; los monteros comprendieron: la nahuyaca, la más terrible encarnación de la muerte en la selva. Había mala luna y el veneno era mortífero. Un hombre corrió machete en mano al matorral, y levantó cautamente las ramas. Entre su propia sangre se retorció la culebra, con la cabeza destripada; se adivinaba que Rafael la había matado aún antes de curarse; esa era la ley de la selva."

Notamos una dramática descripción en la figura de Rafael; los efectos trágicos y violentos de la mordedura y el esfuerzo que hace éste para aminorar los efectos del veneno, al hacerse con el cuchillo, hondas incisiones en la zona atacada; mayor es el desconsuelo en el relato cuando el autor dice:

"Había mala luna y el veneno era mortífero."

Además del peligro al que está sometido el hombre en la selva y su mundo animal, hay también algunos espacios temporales donde se evidencian efectos emocionales de Jorge, en los que siente desesperación por el calor de la selva, además de una agonía y angustia por luchar contra un medio que nunca vencerá.

Vemos cómo Jorge presiente que lo absorbe la barbarie, cómo experimenta el calor tropical y dice (1948:83):

"Siento como si bajo los zapatos me calentara demasiado esta lava hirviendo que hay en el suelo del Petén; me desespera contar meses y meses, como si estuviera amontonando paletadas de tierra sobre algo que jamás podré recobrar."

Hay en la cita, un plano simbólico que denota el fracaso o la derrota del hombre, en un enfrentamiento donde se predice que la selva agobia y ofusca por su monstruosidad.

Al igual que la mayoría de novelas hispanoamericanas donde se plantea el enfrentamiento del hombre contra la naturaleza, *Anaité* tiene capítulos donde pone a sus personajes en pugna. Enfrentamiento donde también el tiempo recoge los cambios que pueden sucederse en la majestuosa estampa de la vida salvaje e indomable.

Veamos un ejemplo de lo afirmado (1948:95):

"Y vivían con fuerza, salvajemente, igual que si fueran a morir al próximo momento, quizás misteriosamente advertidos por la naturaleza que con todo y su permanencia sólida, cambiaba por segundos, vertiginosamente. Allí había dos grandes seres, más bien dicho, uno grande y el otro chico: La selva y el hombre: más valía entenderlo a tiempo, antes de confiarse demasiado a los demás hombres, igualmente amedrentados por todos los misterios de los bosques."

Ese afán de sobrevivir que experimenta el hombre provoca una incertidumbre sobre el futuro de su existencia; sobre todo, por lo enigmático de la selva. Esta le hace sentir determinada inestabilidad, nacida de lo misterioso del campo vivencial.

La muerte dentro de la selva es uno de los resultados finales que pueden establecerse como una constante criollista en la novela *Anaité*. La selva se defiende de sus verdugos, al final, el hombre resulta vencido.

El personaje Enrique Novelo hace mención sobre la muerte constante - en la selva (1948:153):

"Aquí todo lo que tenemos es prestado, eso es lo malo; to dos los días pasamos rozando espinas emponzoñadas, árboles envenenados, nahuyacas, jimbas; quién sabe cuántas veces - hemos tenido un animalito de semejante porte a media vara, sin darnos cuenta. Los mosquitos, los palos que se caen... todo; por eso creo que acabaremos en nuestra ley."

Se comprende que, en el hombre de la selva, la vida pierde su relativo sentido de propiedad, ya que en ella el peligro es constante, toda vez que hay desconocimiento de la acechanza de los elementos vegetales y animales que representan la muerte.

Vimos cómo el hombre, al enredar sus inquietudes con la aventura, va ganando la selva, y se enfrenta a determinadas pruebas de supervivencia que le van dando la experiencia que día a día solidifica su estancia en - un mundo saturado de peligro.

El tigre, figura felina que engendra el acoso, la violencia y la muerte, como concepción de la barbarie, es uno de los símbolos que están presentes también en la novelística criollista guatemalteca, de la cual *Anaité* forma parte.

El mundo animal de la selva petenera tiene, en el tigre, al jerarca, amo y señor del peligro en el acecho de la muerte. Así, Monteforte Toledo describe el enfrentamiento de la fiera contra el hombre, como sinónimo de la civilización y la barbarie (1948:181):

"- ¡El tigre, el tigre!
Ventearon la noche; ahí, a unos metros, gritaba con desesperación casi humana la mula, mientras la fiera le ensartaba las uñas en el lomo.
Jorge saltó de la hamaca, escopeta en mano. Sigilosamente fue avanzando, seguido de los otros y encendió súbitamente la linterna; la fiera y la bestia quedaron un instante in-

móviles, y la escopeta vomitó fuego por sus dos cañones. - El tigre dio un salto y quedó en tierra, temblando. Guindaron al tigre entre las ramas; luego se echaron a dormir de nuevo, sonriendo en su sueño montañoso, perdido bajo la selva cálida.

La cita anterior es un claro ejemplo del enfrentamiento que ofrece - la naturaleza a través de la fiera y la civilización representada por la bestia humana, quien, en su lucha por sobrevivir en un ámbito hostil y salvaje, tiene que matar; posteriormente viene la satisfacción de saberse - vencedor.

Dentro del núcleo de enfrentamiento *civilizacion-barbarie*, es necesario utilizar recursos y ejemplos argumentales, para demostrar cómo la naturaleza desempeña el papel de vencedora, cuando se describe el fracaso del hombre que lleva tecnología a la selva para hacer en sus entrañas un camino que sólo queda en proyecto.

La selva vence a la civilización, y la tecnología sucumbe ante la fuerza selvática (1948:182):

"Al fin el camino tomaba anchura y el lodo se hacía más líquido. A un lado una maquinaria herrumbrosa e inservible hablaba de pasados esfuerzos para trazar un camino decente. Una montería se había hundido en la empresa y ahora los tractores llenos de orín y de plantas silvestres, levantaban al cielo, como las patas de los animales vencidos, sus engranajes y sus pernos, mientras la montaña, que había ganado la partida, les echaba encima mazos de bejuco y raíces abrazadoras."

Vemos cómo el hombre, aun valiéndose de la tecnología, no logra vencer la fuerza natural que opone la montaña, desistiendo de una empresa donde se manifiesta que sus esfuerzos se ven vencidos por la barbarie: el mundo natural, la selva.

En los últimos capítulos de la novela, el autor narra la llegada a "Anaité" del señor y señora Freisen, quienes van con intención de supervi

visar y conocer las monterías del Usumacinta, las cuales proveen madera a la compañía que ellos representan. La señora Freisen toma como un descanso y distracción el conocimiento de la selva petenera; hace amistad con Jorge y se adapta al medio pero, posteriormente, enferma y abandona la montería (1948:283):

"La temporada quedó trunca: la señora de don Otto tenía una fiebre altísima. Las lanchas partieron inmediatamente desde Anaité.

Se notaba el vacío que había dejado la risa de la bella ciudadina. Después ganó la selva, y cuando se veía caer, azotando las ramas en estertores de muerte, a una gran ave, o cuando se velaba a un tigre merodeador de la piara o del corral, los días que la mujer de ciudad había ido a perder en los poblados de la selva se hacían vagos e irreales.

El resultado del enfrentamiento es la victoria de la selva sobre la mujer blanca, extranjera, que no pudo adaptarse al medio y vencerlo.

2. Violencia y muerte: resultado de la barbarie

En la novela *Anaité*, Hay vigorosos capítulos donde trasciende la fuerza del trópico, el clima caluroso que emana del medio ambiente, en el que las pasiones y los sentimientos del hombre son objeto de cambio.

La lucha por dominar un territorio, donde factores y circunstancias se enfrentan entre sí, representa la principal motivación para la violencia y la muerte, resultantes naturales de un estado donde la barbarie fija su proyección de dominio ambiental.

El ser humano ve absorbido su potencial de tranquilidad por un medio natural selvático, en el que confluye la lucha de animales y plantas por ganar un espacio dentro de estratos salvajes competitivos. El hombre ve minimizada su conducta racional ante la turbulencia salvaje de un microcosmos que le hace revivir sus instintos violentos, sus degradaciones

espirituales (envidias, orgullo, celos, etc.) y lo llevan a engendrar actitudes que lo deshumanizan.

Monteforte Toledo alude a la agresividad de los monteros, personajes comunes de la novela, y los describe en un ámbito de fuerza y violencia (1948:42):

"Un montero, con el pelo rebelde sobre la cara, empujó rudamente a otro; sus enormes manos despedazaron la ropa con movimientos crispados. El otro echó mano a la navaja; el montero sacó la suya... cuando después de una instantánea algarabía bajo la luz de espanto de la madrugada, la sangre goteó la tierra, aparecieron los patrones con el revólver brillándoles en la mano."

La muerte es señalada en la novela *Anaité* como un efecto del lujurioso impulso agresivo del hombre en un ámbito saturado de fuerza y salvajismo. También vemos que ese conflicto entre hombres nace, en ocasiones, por la autosuficiencia y el potencial anímico de su conducta impulsiva, provocando con ello un choque de voluntades. Leamos (1948:115):

"El montero enarboló rápidamente el machete. Don Juan con increíble celeridad, le aferró la muñeca y le hizo botar el arma con un esfuerzo que le inflamó las venas del cuello; luego tumbó a Galán de un golpe. El montero se paró de nuevo, borbotando insultos y se abalanzó sobre el viejo beliceño, quien le esperaba desde la tranquilidad armada de sus seis pies de altura y le asestó una tunda fenomenal. Galán caía y don Juan lo incorporaba para propinarle un nuevo puñetazo; hasta que el tabasqueño quedó jadeando entre las astillas de la madera, con la cara amoratada."

Se analiza, a través de la velocidad descriptiva de la cita anterior, un juego de efectos violentos, nacidos de la emotividad de los protagonistas, que dentro del conflicto de sus pasiones machistas, llegan a la agresión brutal de la integridad física, provocando acciones que pueden llegar hasta la muerte del contrincante.

También vemos cómo, dentro de los efectos violentos que se viven en la selva, el hombre reacciona contra el medio que lo absorbe, actuando como si fuera una continuidad de la naturaleza.

En la cita siguiente se evidencia que el hombre de la selva actúa como un resultado de la fuerza tropical (1948:122):

"Estos hombres son la inmediata continuidad del mundo en que viven; no es ni su habilidad ni su experiencia lo que los hace oír a los animales a distancia y manejar velozmente el machete. Pero esta continuidad no les llega demasiado hondo; con sus violencias y sus pasiones envainadas, se vengán de un mundo que no pueden domar y por eso destruyen. Un montero sabe cortar, romper, apachar admirablemente; pero es muy difícil sacar de entre ellos a un buen buscador de madera, que al fin y al cabo es un creador. Por su cuenta serían dinamiteros, para acabar más violentamente con estas montañas cuyas uñas se les clavan en la nuca y los levantan y los mueven a voluntad."

El encantamiento del hombre ante la fortaleza del medio le crea un estado de inconciencia y lo sujeta a sus leyes naturales, para ser atraído por un poder invisible, nacido de la violencia.

3. El hombre, elemento de contraste

Anteriormente se hizo referencia al enfrentamiento que el hombre tiene con la naturaleza, como uno de los elementos más importantes de la novela criollista. También resalté la fuerza natural que rodea al ámbito en el que el hombre lucha por posesionarse y, al mismo tiempo, liberarse de los lazos destructores de la presión selvática.

Vemos ahora al ser humano y sus conflictos en un turbulento fondo tropical, donde sobresale el fenómeno de la invalidación del hombre bajo el peso de la naturaleza, anulación tan completa que la novela se convierte en un gigantesco registro de paisajes, a cual más despiadado en su tra

bajo de presentar la aniquilación del espíritu humano.

Es el hombre como elemento de contraste el que protagoniza la epopeya de contar su lucha feroz contra un mundo destructivo y salvaje.

Todos los factores anteriores van configurando un individuo caracterizado por poseer rasgos temperamentales que son resultantes de los conflictos emanados de la fuerza del ambiente. El ser humano se da cuenta de su incapacidad para vencer los obstáculos que le rodean; crea para sí mismo una problemática interna donde aflora su espíritu combativo; desata de su alma pasiones y sentimientos que emancipan angustia y nacen en él - instintos que agobian la estabilidad de su existencia.

La novela *Anaité* refleja en sus personajes la carga anímica de la fuerza natural del ambiente. Así, el personaje principal denota el influjo que la selva proyecta en él, al cambiar su estado de ánimo y transformar su conducta, lo que equivale a una desadaptación inicial cuando empieza a vivir en la montería.

Vemos, entonces, que Jorge se siente inseguro y desadaptado en la espesura montaraz (1948:34):

"Fumaba incesantemente, espantando la plaga. Algo amargo y tierno había en su alma; experimentaba una rara sensación, como si fuera un pájaro o un cedro, o como si lo hubieran transplantado a la tierra desde un astro. Aquellos hombres eran de otra raza; quizás ni sintieran como el resto de los mortales."

Se establece de esta manera una diferenciación especulativa entre los habitantes de la selva y los de la ciudad, cuando el autor se refiere a una posible insensibilidad, y de quienes viven en la selva bajo su influjo poderoso.

Más adelante, el autor hace un emplazamiento a los valores de los

personajes, al implantarse la cosificación del ser humano; trata de establecer que éste se encuentra en una situación en la que no vale lo que piensa o siente; lo valoriza únicamente por lo que hace, como un fundamento pragmático de la vida.

La experiencia de haber vivido en la selva le permite a Rafael emitir un criterio sobre los condicionamientos que el hombre adquiere al vivir en ella y sentencia la conducta de Jorge, con una advertencia que testimonia determinada justicia confruente con la validez de los principios humanos existentes en la selva (1984:55):

"Aquí debes perder la noción del valor que tienes de los hombres y de las cosas; aquí se vale por lo que se hace y no por lo que uno es... de estos infiernos jamás se sale con los compromisos insolventes, ya pagarás tú la próxima vez, cuando te necesiten. Esto es lo único que hay de importancia en las gentes: lo objetivo; lo que piensen o sientan, no cuenta para nadie."

La crisis de valores en los personajes que, como Rafael, han sido absorbidos por la selva, patentiza los cambios en un individuo normado por una escala de valores diferentes a los que rigen la vida urbana. Por eso Rafael es el personaje conflictivo y representativo, surgido del ambiente selvático.

La validez de los hechos realizados por el hombre, como producto de las necesidades del contexto selvático, constituyen en la novela criollista un rasgo psicológico muy importante: crear un individuo afín con el enfrentamiento que sufre al ser trasplantado de un ámbito a otro.

La lucha interna que el individuo mantiene a lo largo de la novela alcanza niveles de explicación sociológica, cuando, además de explicar la absorción que la selva hace de él, ya incorporado, exterioriza su idiosin

crasia con un traslado de elementos a su función humana.

El acoplamiento a intereses vivenciales diferentes en los hombres de montería queda fijado por la opinión del personaje Juan Ross, quien con su experiencia comenta a Jorge (1948:87):

"Dese cuenta que es muy posible que esta sea la única raza tropical a la que le gusta el trabajo. Lo primero que les guía por venir aquí desde Tenosique o desde las poblaciones, es la ambición: en las monterías se gana bien; pero pasa el tiempo y ninguno de ellos hace plata. Entonces comienza a gustar esta vida, por abandono, por ausencia de problemas; cuando no se mueren, se vuelven inmunes a los bichos y a las enfermedades y van despegándose del dinero, que de todas maneras se escapa tan fácilmente."

Y de ese mismo contacto con la naturaleza se forjan impulsos que parecieran ser el fruto de una degradación psicológica, pero se identifican con la *normalidad* que el mismo ambiente y necesidades exigen de los hombres, reaccionando ante esa condición, con una conducta afín con su nuevo ambiente (1948:95):

"Porque entre las plantas y los animales debía obrarse con desnudez, tal y como uno era, aún cuando se tuviera gana de destruir por gusto o de maltratar a alguien."

Para sobrevivir, el hombre rebaja su condición humana a la instintiva del animal; se aclimata al ambiente feroz de la selva y resiste las inclemencias del infierno verde. Al final, se convierte en una prolongación de la naturaleza y, en determinadas circunstancias, también reacciona contra el medio dominante, a través de la violencia; Leamos (1948:133):

"Un muchacho descomunal tenía agarrado por el cuello a un chiapaneco de cara aquilina, y lo cernía vigorosamente.
- Tú, suelta a ése- ordenó imperiosamente Rafael.
El muchacho obedeció a regañadientes.
- Te largas mañana al cedro; me has venido a alborotar el semaneo."

— Pues, no me voy!— replicó insolente el aludido. Iba a continuar hablando; pero Rafael se le fue encima como una centella y le descargó un puñetazo que pareció romperle en dos la quijada inferior."

No es extraño que el individuo, como elemento de contraste revele sentimientos fuertemente enraizados en su conducta humana y los proyecte negativamente, provocando crisis al agredir, destruir o violentarse.

La temática de la novela plantea el enfrentamiento de la naturaleza y de un individuo, pero de esta lucha surge, en la personalidad de los protagonistas, el afán de un cambio paulatino en sus valores, donde la agresión y la destrucción llegan a constituir una conducta normal y sin trascendencia espiritual alguna.

Lo mismo es matar a un hombre que defenderse del tigre o de la serpiente nahuyaca; lo que interesa es existir, máxime cuando, dentro de esta valoración de la vida en la selva, se debe satisfacer condiciones de subsistencia como es la de matar para comer. Ello es una muestra de que el poder puede determinar la sobrevivencia (1948:179):

"De pronto una banda de micos saltó con velocidad prodigiosa hacia las ramas colindantes, que se doblegaban a su peso; cinco o seis hombres apuntaron sus escopetas y tumbaron varios mientras el resto de la partida huía despavorido, sintiendo la muerte cercana. Los monteros pelaron y cuartearon a los simios, y las mujeres prepararon la comida.

Es interesante observar el punto de barbarie que el hombre alcanza en la selva; es la fuerza y la plenitud de la naturaleza la que conforma una determinada caracterología y hace prevalecer lo primitivo de la conducta del montero.

De esta manera, Lola la mujer de Rafael, manifiesta un enigma sobre la naturaleza conductual de los hombres dentro de la selva (1948:257):

"Ustedes, los hombres de este infierno, deben ser hijos de la misma madre; en medio de lo monstruosamente salvajes que se vuelven, tienen algo que yo no entiendo, no entiendo..."

Esta referencia, que denota la pugna del individuo consigo mismo, - también señala la absorción que la barbarie hace de él.

Al final, la naturaleza salvaje se impone al hombre y éste contribuye a su propia perdición, refinando los medios de explotación y homicidio en los parajes que se propone conquistar.

4. Jorge y Rafael, personajes en conflicto

Figuran en la novela dos personajes que son opuestos por carácter. Jorge y Rafael representan los elementos antagónicos en la novela criollista *Anaité*: la civilización y la barbarie, la fuerza y la razón se identifican con dos personajes en un mismo conflicto.

Jorge llega a la selva con espíritu de conquistador, pero sin ser prepotente como Rafael; aprende que no debe ser confiado, ingenuo, reconoce el valor de la amistad, la lealtad y la gratitud y, cuando se decepciona del mundo, aprecia la soledad. Llega ilusionado en busca de poder económico para alcanzar una meta y termina, al final de la novela, sumido en la humildad. De nada le sirve su dinero; con él no triunfa porque no puede comprar el amor y la felicidad.

Tanto Rafael como Jorge son engañados por una mujer. Rafael busca su desahogo en la agresión, la desconfianza y la violencia; mientras que Jorge se refugia en la apacible vida lacandona, donde vive la sinceridad y la humildad de sus hombres y las comparte con ellos.

Rafael encarna la ferocidad del trópico; es el animal que encuentra

en la montaña primitiva y salvaje el lugar donde se fermenta su conducta impulsiva y agresora; la razón sólo le permite decidir que la bondad es útil cuando lo beneficia; por eso destruye, porque la vida es para él un cúmulo de experiencias enajenantes e incomprensibles.

En Jorge no vemos la masculinidad como una reacción de la fuerza generada por el trópico; antes que el instinto machista, está la actitud serena y ponderada de su conducta; no aflora en él un enceguecimiento por reclamarle a la novia su funesta infidelidad, mucho menos evidenciar una reacción bestial de tomar por la fuerza algo que le corresponde.

Dentro de los lineamientos que incumben a la técnica narrativa en *Anaité*, creo que el final del recorrido temático de Jorge se ve muy forzado; ese regreso desilusionante a la selva, después de perder a la novia, no encaja en un individuo adinerado y con una juventud que le permita rehacer figuraciones sentimentales con otra mujer que satisfaga sus ansias pasionales.

Estilísticamente, la novela falla en el final. La crítica literaria reclama, en la mayoría de las novelas de Mario Monteforte Toledo, el vigor de los desenlaces convincentes y cargados de emotividad y creatividad conceptual.

En *Anaité* se evidencia un declive de interés temático, pues si bien, al final, la selva se impone con sus leyes al ser humano, éste pierde determinada originalidad con la realidad que le circunda; en este caso, Jorge debió buscar respuesta a sus impulsos amorosos y valorar su posición de hombre fuerte y trabajador, ya sea regresando a la selva a buscar a los traidores, o quedarse en la ciudad gozando de la fortuna lograda en el valladar selvático.

Mientras que Rafael, decepcionado por una pasada experiencia, expulsa su amargura y la proyecta en el ambiente primitivo del trópico; resume una potencia malvada en cada acto que provoca e irrita su expresividad. Leamos (1948:253):

"Lola, por detrás de la silla, le acarició la frente y le besó los cabellos.
 - ¡Cómo debes haber sufrido para haberte puesto tan romo! como susurrando con tristeza.
 - ¡Déjame en paz!
 - Me vas a pegar otra vez?
 - ¡No digas imbecilidades! Mira, yo creí estar completamente libre de deseos complicados, de todo eso que tú llamas amor y que yo llamo brama; me has venido a dar intranquilidades, desasosiegos, y ganas enormes de matarte, todo... ..No te estoy haciendo figuras de palabras; demasiado sabes que es cierto. Yo creo que como reacción contra eso, a ratos me repugnas, igual que todo, como yo mismo, mira, toda vía estás a tiempo; márchate; vas a acabar mal por acá."

Rafael es el personaje más identificado con el criollismo de la novela; vemos que cuando abusa sexualmente de la *Candelaria*, puede más su fuerza posesiva, la lujuria tropical, que la herida con machete recibida en el brazo. Su valor como personaje criollista alcanza madurez salvaje y se identifica con el primitivismo ambiental que alimenta su vida.

Rafael no es el personaje central de la novela y, al final, se identifica con la maldad, cuando quema la montería como una muestra de traición a Jorge. Sin embargo, su papel se identifica con la barbarie, por su ímpetu salvaje y agresivo.

La relación amorosa con Lola, permite identificar su condición humana al compararla con la de un animal ((1948:285):

"Ya no se enojaba con su hombre cuando se brutalizaba como una bestia: ella comprendía, sin una sonrisa ni un gesto de sumisión tampoco; era como si desde una jaula, un animal furibundo mostrase los colmillos."

Jorge, en cambio, a quien se le sitúa como bondadoso y cortés, no hu^{ye} de la amistad; infunde confianza y posee atractivo para las mujeres de la novela; sin embargo, no precisa su ideal amoroso. En ese sentido, Jor^{ge} encarna un personaje romántico dentro de una novela criollista.

5. La mujer y el amor

En *Anaité*, la mujer tiene relativo interés temático. Al igual - que el hombre, se ven reducidos ante la fuerza de la naturaleza, quien es la que neutraliza la participación de éstos como personajes en conflicto.

Sin embargo, en *Anaité*, la mujer y su conducta pueden considerarse - interesantes, por el juego de acción humana-pasional que desarrolla dentro del contenido.

Monteforte Toledo hace una presentación sociológica de la conducta femenina en el desarrollo de la novela, a la vez que califica y distribuye una escala de valores humanos en cada una de las mujeres, tanto en acción individual, como relacionándolas con factores y circunstancias que rodean la vida de cada una de ellas. Así, el autor nos muestra cinco diferentes tipos femeninos que van desde la novia de Jorge que, sin aparecer directamente en la obra, demuestra la idealización romántica; pasando por Carmita, la adolescente que refleja la precocidad del amor tropical; la señora Freisen, imagen del refinamiento aristocrático y civilizado dentro de la selva, hasta llegar a la mujer de Juan, la Candelaria, quien, por su sencillez y humildad, el montero poderoso y abusivo la valora como un objeto dentro de la selva.

En el desarrollo narrativo de la novela, se menciona la participación de la mujer en sus diferentes posiciones sociales, y se establece

una calificación de ellas en el medio selvático donde se sopesa su fuerza pasional.

Vemos que Jorge, el personaje central, hace alusión a la mujer de la selva, a la que adjudica atributos y encierra en al ámbito al que pertenece (1948:83):

"Las mujeres, con esa mansedumbre suya, son más fáciles de entender, porque no ha logrado bestializarlas este hombre montañero. Ellas se mueven, trabajan, son necesarias; por eso no han sido puestas en terreno inferior."

Pero trata de explicar que la mujer se opone a ser bestializada y/o a no ser integrada a la barbarie, por ello se esfuerza en compartir con el marido los rigores de la naturaleza salvaje.

El protagonista vive ilusionado y se emociona cuando le llegan noticias de la mujer amada (1948:89):

"Para la gente perdida en la distancia, para los hombres desconcertados del mundo de los demás, el valor de una noticia se agiganta. Van arrancando las hojas de su calendario interior tenazmente, hasta descubrir la fecha roja del arribo de las cartas, de las palabras anheladas."

Encontramos en la narración una fuerte tendencia a justificar el afán de posesión de riqueza junto a la idealización de una mujer, cuya ambición y status socio-económico obliga al protagonista a luchar en la selva. Leamos (1948:96):

"Jorge comprendía que su única defensa era la ambición, aquel furor de amasar fortuna que le permitiera regresar a la ciudad con impertinencia de propietario, y comprar el orgullo de la familia de su novia y montar una casa impresionante, con jarrones más caros y muebles más complicados que los de aquella gente encopetada y perfectamente desagradable y monstruosamente egoísta."

El personaje Juan Ross visualiza a la mujer que vive en las monterías (1943:136):

"Estas de por aquí son doblemente mujeres, porque quieren como las bestias de la montaña; cuando se abrazan a sus - hombres, resbalando sudor de lujuria, se entregan con el ritmo que tiene todo esto; dócilmente, ansiosamente, pl^egándose más bien a lo que ellas sienten dentro que a lo que pueda despertarles el hombre."

Este criterio, además de sobrevalorar a la mujer, la compara con la vida salvaje y demuestra la fuerza de la pasión humana en concomitancia con la absorción sexual que hace el trópico de ella.

Hay en Jorge, la ilusión amorosa de generar fuerza para satisfacer a la mujer citadina; pero también siente amor por su montería y analiza que su ambición es la que ha logrado un triunfo sobre "Anaité" (1948:156):

"Jorge se quedó mirando muy despacio todo aquello, fertilizando con mil días de la vida de muchos hombres; sintió una ternura infinita por aquel rincón y le llenaron los ojos de lágrimas.

Tras de la obra había una mujer, con el mismo poder de germinación que la lluvia o las hojas que cafan al humus."

Monteforte Toledo confirma el ideal romántico en la novela, al referirse a la lucha del protagonista por alcanzar algo ajeno y lejano de la vida real (1948:286):

"Un amor incompleto lo había llevado a enterrar cuatro años de su vida en las remotidades del Petén; ahora ese amor reurgitaba, más violento y más amargado por la espera.

Según el argumento de la novela, Jorge decide ir a la selva que rodea el río Usumacinta en El Petén, con el objetivo de ganarse una fortuna. Se da el apareamiento de la fuerza amorosa de una mujer que, idealmente y desde la capital, obliga a Jorge a enmontañarse.

La novia de Jorge representa la obsesión, la fuerza invisible, el mecanismo que justifica la lucha de éste en el trabajo maderero (1948:301):

"Jorge se internó en la selva petenera, trabajó fuertemente e hizo sacrificio para conseguir a la mujer rica y hermosa."

Cumpliría el ofrecimiento, con el que tendría derecho a reclamar el amor que le obligó a alejarse de ella:

"...le daría el dinero ganado en la montería y le diría: -
"todo es tuyo, tuyo, ahora no te irás de mí nunca."

La novia de Jorge representa el amor irrealizable en el contexto romántico, es decir, idealizar a una mujer fuera de la realidad. El protagonista piensa en la novia y hace reminiscencias de sus rasgos femeninos, dando pie a un idilio obsesivo (1948:302):

"Jorge pensaba únicamente en la mujer amada, no miraría -
más que el rostro de la mujer, sus uñas cárdenas jugando
con el bolso, sus dientes chicos asomando por la boca sa-
brosa, que reía nada más para él."

Al final, Jorge decide viajar a la ciudad capital para ver a la novia; se decepciona al saber que ella se ha casado con otro; regresa desilusionado a la selva y, en actitud romántica de rebeldía y protesta se convierte en lacandón.

La conducta de la novia es la fuerza que al final de la novela obliga al personaje principal a refugiarse en el mundo primitivo; lo hace de testar "la civilización" y dejarse llevar por la barbarie.

La novia es fuerza invisible que hace triunfar al hombre frente al trópico, instrumento de la barbarie. Jorge sustituye el amor de la novia por la amistad del hombre lacandón; prefiere la sencillez, la honestidad y la sinceridad de la gente que habita en el cosmos selvático, a la infidelidad de la mujer civilizada.

Otro personaje que recoge el interés de la participación femenina en

la novela, es la figura joven de Carmita, la hija del doctor Wood quien, con sencillez y belleza, es arquetipo de la sensualidad en un medio agreste y lleno de personas asfixiadas por la brutalidad de la vida rural y rudimentaria. Leamos (1948:48):

"Una muchacha de catorce años, con los ojos húmedos de ignorancias y perturbadores sueños, se quedaba mirando calladamente a los extranjeros; luego reía mostrando sus pequeños dientes afilados y blancos como savia de los huleros. Se llamaba Carmita."

La identificación de su nombre con un diminutivo explica su aproximación semántica a lo sensual y sublime de la mujer joven y bella, factores que la ubican como el personaje romántico y pasional por el que Jorge olvida temporalmente su preocupación amorosa de la novia capitalina.

Su aparecimiento en la novela se da en tres ocasiones. La primera, - cuando Jorge la conoce. Este se dirige hacia "Anaité", y Carmita es una adolescente. En esa oportunidad sólo demuestra atracción, sin llegar al apasionamiento amoroso; sin embargo está firme la idea de una atracción - sexual, vigorizada por la fuerza que emana del trópico (1948:51):

"— Don Jorge — dijo la muchacha con voz suave— , no sé por que lo quiero tanto. Y soltando su mano de entre las del extranjero, se le agarró brutalmente al cuello y lo besó rabiosamente, mordiéndole los labios."

La reacción de Jorge no se hace esperar, el lujurante impulso de la joven, y responde ante el magnetismo del calor emocional (ibid):

"Jorge, sin darse cuenta de lo que hacía, envuelto en aquel chorro cálido de un trópico que venía rugiéndole en las venas, estrujó contra sí el cuerpo de Carmita, duro, flexible como un junco montañoso, y la besó también, sintiendo pegados al sudor tibio de su camisa los conos de los pechos."

La prematura intensidad sexual de la bella adolescente es identifica

da como una resultante del influjo del trópico; su sensualidad representa la femineidad misteriosa del ámbito selvático (1948:51):

"Quedaron tan cerca, que sobre la mejilla de Jorge caldeaba la temblorosa respiración de la niña. Carmita se puso seria. En el fondo de sus ojos, que miraban salvajemente, había el misterio que Jorge reconoció inmediatamente, sorprendido; algo que tenía el rumor de aquellos bosques infinitos, la intrigadora belleza de una huella de tigre, el caliente vaho que exudaba la tierra."

La segunda aparición de Carmita en la novela se lleva a cabo en la montería del Dr. Wood, su padre. Han pasado más de dos años desde el primer encuentro con Jorge, y en esta ocasión la adolescente se ha convertido en figura juvenil llena de encanto y coquetería, propia de su belleza femenina.

Monteforte Toledo la describe así (1948:118):

"Al rato apareció Carmita, se había redondeado; bajo el vestido de indiana, sus muslos tenían temblores de hule, y ya usaba tacones altos. Más sombras había en sus ojos; más humedad en su boca de dientes menudos; más firme curva en sus altos pechos, como montoncitos de arena. Tenía un collar multicromo y un anillo rojo."

En esta parte de la novela, Carmita es imagen de precocidad amorosa sexual emanada del trópico. Jorge ve en ella un objeto de placer instantáneo, que podría hacerlo olvidar la obsesión amorosa de la novia que ha dejado en la capital.

La visita de Jorge a casa del Dr. Wood propicia una fiesta dando demostración de alegría familiar por la llegada del visitante maderero. Es entonces cuando principia a germinar un encuentro amoroso. Jorge y Carmita bailan. Leamos (1948:119):

"Carmita se dejaba llevar y no decía palabra. De repente alzaba toda la negrura de sus ojos criollos y los pasaba

en los labios de su compañero; sonreía y bajaba la cabeza. Después le iba pasando lentamente el brazo por detrás de la nuca y se apretaba contra él. Jorge pretextaba un giro rápido y la apartaba de sí."

Carmita es la mujer que nace en el trópico salvaje de las riberas - del Usumacinta, y toma de ésta la fuerza natural de una vida absorbente y placentera. Desperdicia su juventud en un medio discrepante con su naturaleza femenina. Es la mujer criolla dentro de la exuberancia tropical de El Petén.

En este segundo encuentro con Jorge, Carmita demuestra coquetería, sometimiento y desesperación por conseguir el amor de un hombre que es diferente a los demás; el hombre civilizado, el capitalino. Para atraparlo, Carmita adopta el comportamiento de una hiedra que se adhiere a un árbol, al que quiere unirse y por ello recurre a su sensualidad de mujer tierna, que despertará en Jorge efectos pasionales que lo llevarán a elevar el amor a función humana. Así, en un momento de agitación emocional, Jorge y Carmita aprovechan la ocasión de soledad e intimidad para buscarse, uniéndose como río y selva, en un designio de la naturaleza (1948:126):

"Carmita suspiró y apretó la mano de su amigo. Todo fue una urgencia de bocas que se buscaban; de sangre joven, despeñada en el torrente de la selva y de río."

A continuación hay un pasaje donde el autor describe poéticamente la pasión sexual de ambos. Aprovechando la visita a un centro arqueológico maya, se encuentran en una cueva oscura que sirve de marco para embellecer el encuentro amoroso. La imaginación y la realidad se unen para transmitir el emotivo y significativo poder pasional que ejerce la selva (Ibid):

"Pronto se acabó la claridad vertida entre las grietas de la cueva y el crepúsculo pareció alargarse, para dejar - que el milagro que pasaba en el vientre de la tierra fuese más perfecto, ahí bajo la germinación del humus; bajo la - selva, hija del río."

Con la despedida de Jorge, en su corta visita a la montería donde vive Carmita, concluye la segunda aparición de la joven en la novela. Jorge regresa a la montería "Anaité" y el adiós de la enamorada se confunde con la tristeza y el recuerdo (Ibid):

"Los besos se habían quedado en la garganta de Carmita como siempre se quedan al tiempo de las partidas; inconclusos, ahogando. Tenía los ojos oscurecidos por la pena, sin una lágrima que los hiciera volver al mundo."

El final de Carmite en *Anaité*, es brevemente descrito por el crítico literario Seymour Menton (1960:246):

"Carmita, la hija seductora del doctor Wood, que hechiza a Jorge en la primera y segunda partes, vuelve a aparecer en la quinta parte, pasando sigilosamente en una canoa con Vergara, a quien su padre la ha vendido."

Ese mismo triste destino de la joven lo describe Monteforte Toledo, cuando narra la manera injusta como es tratada la mujer por parte de hombres que, amparados por la ambición y obedeciendo el espíritu salvaje e inhumano que segrega la barbarie, desvalorizan la integridad y la moralidad de las personas (1948:251):

"Vergara, el odioso montero de los trabajos al norte de Piedras Negras, llegó una noche y habló largamente con Wood; al siguiente día Vergara y sus hombres cogieron a Carmita en vilo, la metieron al cayuco y se la llevaron río abajo: Wood había vendido a su hija por unos miserables pesos."

La codicia y la brutalidad de los hombres hacen de Carmita una de las

víctimas de la fuerza ambiental, donde la barbarie destruye hasta los deberes morales. En este aspecto, el criollismo de la novela establece un vínculo literario con la tendencia a la que pertenece la narración.

Además de los personajes femeninos ejemplificados anteriormente, y que tienen una relación directa tanto con el tema como con Jorge, también es necesario mencionar a la mujer de baja condición económica, a la mujer y compañera de pobreza del peón montero. En esta identificación - de la mujer en *Anaité*, aparece la Candelaria, esposa de Juan, sirviente de la montería; es tipificada como el personaje femenino que despierta - el asedio y el abuso del hombre montaraz, desde el peón hasta Rafael, uno de los patronos de la montería. Pese a su sencillez y pobreza, representa la fidelidad conyugal y llega al extremo de callar el abuso violento de que es objeto por parte de Rafael, al poseerla agresivamente. (1948: 140)

"Rafael cerró por dentro la puerta de cañas y se abalanzó brutalmente sobre ella. La muchacha se desasíó del abrazo famélico y levantó un machete herrumbroso con el que hendía leña.

— ¡Déjeme, o le parto la cabeza!

Rafael se desplazó hacia la mujer con la velocidad de una culebra; ella le descargó con todas sus fuerzas un machetazo, ensartándosele más abajo del hombro, a lo largo del brazo. Sin reparar en la herida, la atenazó y la arrojó sobre el camastro. Un chico había despertado y lloraba asustado.

Rafael besó y mordió como un coyote el cuello de la Candelaria, que agotada y sudorosa, aflojó los dedos con que rasgaba la espalda de su victimario."

Vemos cómo el amor animal surge como fusión de la pasión humana con la naturaleza salvaje; es el abuso violento para satisfacer impulsos sexuales, todo dentro del ámbito tropical selvático que sirve de testigo a la acción humana.

La cita anterior impulsa al lector a captar en la novela criolla, no sólo el maltrato a la mujer humilde, sino la evidencia real de la violencia sexual, nacida de la bestia procreada por la ferocidad de la barbarie.

La Candelaria es la mujer que prefiere callarle a su marido lo que durante su ausencia le ha hecho su patrón don Rafael, guarda silencio para no crearle problemas a Juan.

Mantiene la sumisión y la creencia de que la mujer pobre y de ascendencia indígena debe anteponer la tranquilidad y el amor del hogar al atropello y prepotencia descarada del patrón poderoso.

Cuando Juan regresa a casa días después, el autor (1948:145) narra lo siguiente:

"Juan se encaminó alegremente a su casa. Llevaba en la mano un chal nuevo para su morena.
En la cocina, con los ojos llorosos de humo, la Candelaria levantaba con un trapo las tapaderas hirvientes de las ollas y sazónaba la comida.
...la mujer lo miró desde el fondo de sus ojos enrojecidos, y siguió cuidando de las ollas.
Nada más. Así era siempre. Más tarde mezclarían sus alientos bajo el mugriento pabellón de la champa; luego se separarían y cada uno iría a lo suyo.
Era extraño el amor en río Usumacinta."

Queda identificada la conducta de la mujer pobre que, dentro de su función social, representa el complemento del hombre en un ámbito rudo y salvaje que condiciona su existencia.

En la tercera parte de la novela aparece Lola, mujer que, a diferencia de las descritas anteriormente, es muestra de la madurez femenina - unida a cierto abatimiento espiritual.

Rafael la conoce en una fiesta en Tenosique; posteriormente, ésta

lo sigue a la selva donde, más tarde, viven juntos.

Lola llega a la montería en busca de Rafael, y el encuentro se narra así (1948:218,219):

"Pero, qué viene a hacer aquí? —dijo Rafael "adusto — Este no es lugar para nadie que no sea un montaro. La mujer se puso de pie y dejó de reír. Despedía un fino perfume y en su frente una corona de sudor removía los polvos.

—Rafael, perdone; no se enoje conmigo. Cuando lo vi aquella noche allá en el pueblo, algo me hizo pensar que usted comprende muchas cosas; que usted es un triste como yo. Creo que lo voy a llegar a querer como no se imagina, siquiera; tengo el temor de quererlo ya un poco. Y...aquí estoy. He huido de todo. Usted comprende que no puedo regresar más a aquella cueva en donde me están matando de aburrimiento. Seré su criada; le limpiaré la ropa; le ayudaré en todo. Se pasará el día en la hamaca, si quiere; pero déjeme con usted. Si no quiere verme serviré a alguno de estos hombres; lavaré, haré cualquier cosa; pero no me mande de regreso, porque he descubierto que ni siquiera tengo el valor de matarme. Cuando supe que le había mordido la culebra, sentí algo raro; comprenderá que esto no es una estupidez; me entraron una ganas locas de meterme en la montaña para verle. En Piedras Negras me dijeron que ya está bien y me sentí alegre. Yo no sé si esto es amor. Es más: adivino que usted es capaz de pegarme un día de tantos...No me importa; siento que no debo irme ya."

Lola representa el equilibrio en la vida de Rafael; sólo ella lo comprenderá. Su acercamiento a él es ajeno al dinero o riqueza material y se encamina hacia la compasión y la comprensión, donde el amor es un fermento de liberación del pasado sentimental del cual huye. Lola representa otro enfoque del papel que desempeña la mujer en la novela criolla, con una escala de valores diferente a Carmita, la Candelaria y la novia de Jorge. En Lola vemos cómo se manifiesta el deseo de darlo todo a cambio de nada; su único interés es servir a Rafael. Es atraída no por el hombre, sino por el medio que lo rodea; amalgama el amor al hombre con

la fuerza que la naturaleza selvática vierte sobre quienes conviven dentro de ella, en constante conflicto.

De esta manera concluimos que Lola es la única mujer en la novela - que, llegada de la ciudad, busca en la selva primitiva el lugar para enfrentarse a los rigores que ésta le plantea.

La señora de Feisen, esposa de don Otto, el potentado maderero que llega a visitar las monterías del río Usumacinta, procedente de México, es el último personaje femenino que, dentro del papel de la mujer en la novela, se constituye en otra manera de apreciar la conducta femenina ante la fuerza de la vida salvaje.

La señora de Freisen representa el elemento aristocrático en la selva; no es concebible, dentro de la mentalidad de quienes viven en las monterías, que una mujer extranjera, procedente de una sociedad civilizada y dueña de gustos delicados, llegue a vivir por una temporada a la selva salvaje.

Motiva extrañeza en el montaro al reconocer que la barbarie acepta determinadas personas. Leamos (1948:264):

"—para qué venirse hasta acá con una mujer; y como la que debe ser esa, digo yo?
Esa niña desaparece del aire comida por cien mosquitos, y el primer día que vislumbre un mono, se muere.
— Dijo convencido Noveló."

La identificación de los rasgos aristocráticos que posee la señora de Freisen, queda lograda por la comparación y la administración que despierta en los monteros, al observar en ella a la mujer extraña y fuera de lo común (1948:273):

"Fueron retornando los huéspedes a sus monterías. La última mirada de aquellos hombres rudos, mirada de pasmo, de contenidos deseos, era para la señora de Freisen, que casi sin quererlo, había avivado fuegos oscuros en las almas llenas de olvido de los monteros; porque ninguna mujer se le parecía en los contornos, con su perfume francés y su cara blanca."

Además del refinamiento y de la delicadeza aristocrática que posee la dama extranjera, es importante destacar la función femenina y provocativa que, con sus encantos, despierta atracción en Jorge, ya que le hace recordar la dimensión sentimental y el valor del amor que lo obliga a mantenerse en la selva, para satisfacer una ilusión que nace del recuerdo - constante de la novia capitalina.

La amistad nacida entre dos personas ajenas a la barbarie, aumenta la confianza de expresar emociones y exteriorizarlas en el marco de la sinceridad. La señora de Freisen dirigiéndose al personaje principal de la novela, expresa (1948:282):

" —Sabe que me gusta usted terriblemente?— Esa es parte de la alución de estos lugares. Usted sería capaz de besarme ahora mismo. Nadie podría culparla de ello. ...Usted ha venido a hacerme mucho daño —dijo con voz ronca—. Ya casi me había olvidado de lo que es una mujer. Quizás hubiera durado un año más en la montaña, en esa montería que representa parte tan considerable de mi vida; pero ya no podré más. Necesito marcharme, me esperan allá en mi tierra; ahora soy rico y puedo regresar."

El acercamiento de los personajes queda en el umbral de la atracción y exteriorización de deseos idealizados, pero en la realidad no son concretados, por causa de valoraciones internas adquiridas con anterioridad; sin embargo la señora de Freisen no oculta sus impulsos amorios (1948:282):

"La mujer siguió mirándole fijamente— Sabe que yo hubiera podido quererlo con toda mi alma. de haberlo conocido

antes?—dijo, como un murmullo.

— Exactamente lo mismo siento; hay algo que revela que usted sabe querer. ¡No sé por qué le digo cosas tan fuera de su sitio!

Quedaron en silencio. La muchacha se irguió despacio, tomó entre sus manos la cabeza de Jorge y lo besó, con una laxitud enfermiza en sus miembros largos y torneados. Jorge no tuvo tiempo de moverse.

La figura femenina de la señora de Freisen desaparece en desarrollo de la novela (página 283); expliqué, en capítulo aparte, cómo ella es - una víctima de la desadaptación al medio, que sale de la selva por enfermedad; con ello la barbarie vence a la civilización.

Para concluir estas observaciones y, a guisa de resumen sobre el papel que desarrolla la mujer en la novela criolla, y después de hacer una ubicación de los diferentes personajes femeninos que el autor describe - en *Anaité*, cito una valoración de la mujer que habita en las monterías. Es el criterio nacido del personaje Rafael. Esta apreciación la define con rasgos propios, influida por una salvaje y misteriosa fuerza natural, donde la figura femenina es diferenciada de la mujer citadina por su poder pasional. Leamos (1948:84):

"La mujer de acá crispera los nervios y enciende el deseo del hombre como la quemás; pero el instinto femenino de esconder la llamada de su sexo se le ha hecho innecesario, porque el hombre que la quiere, la toma; si a ella - le disgusta el macho, se acoge a otro, aunque le guste poco, para que la defienda. A esto ha quedado reducida la complicada tramoya que arma una mujer de ciudad."

En este criterio se pone de manifiesto la participación de la mujer en la selva, según la novelística criolla, la cual justifica que su conducta obedece a una función coherente con la naturaleza, fuerza dominante de almas y pasiones.

6. Consideraciones valorativas del mundo lacandón.

El principal motivo que obliga mencionar a los lacandones en el presente trabajo, es por el desenlace argumental.

El grupo indígena, identificado con un sistema de vida rudimentario, protegido por el misterio selvático petenero, reúne las valoraciones humanas que hacen reconocer un cambio de conducta en Jorge, quien cambia el amor equivocado de su novia por la amistad sincera de los hombres indígenas.

Jorge, y su otra personificación como lacandón, lleva a la novela criollista *Anaité* a servir de modelo literario dentro de su género en la novela guatemalteca. Jorge es el hombre no indígena que experimenta un cambio cultural diferente al que desarrollan los grupos étnicos dentro de la sociología en Guatemala.

Observamos cómo se da el crecimiento de la barbarie cuando se justifica la condición humana de los descendientes de una cultura ya extinta, elevando su status social a un sistema de vida menos apegado a ideas civilizadas-desarrollistas, pero con una espiritualidad y principios humanos más equilibrados.

La aparición de los personajes lacandones en la novela merece ser descrita con la objetividad de sus rasgos físicos. Leamos (1948:205):

"La nariz aquilina y bien delineada, la boca fuerte, el pelo largo y ondulado e intensamente negro, el sayal de fibra tosca que caía en pliegues amplios, su contingente y su aire erguido, hacia aquellos curiosos seres motivo de simpatía. Sus miembros eran delgados y sus manos largas y afiladas; descalzos, guardaban perfecto equilibrio sobre sus explayados dedos, en un sólo pie, mientras con el otro se rascaban el muslo o la pierna."

También encontramos una descripción de interioridad espiritual y de

los rasgos anímicos de los lacandones (Ibid):

"Mirando a aquella gente a los ojos, se descubría una penetración, una manera antigua de contemplar las cosas, un sentido de observar lo que nadie veía ya; equilibrio perfecto, sin tristeza, sin escozor de ambiciones frustradas, sin demasiada sorpresa; lentitud y orgullo de hombres libres con cierto aire de misteriosa dulzura, como el que tienen los ojos de los perros."

El análisis de las características que rodean la manera de vivir de estos personajes, acrecienta los valores de un individuo (Jorge) que, pese a su aislamiento del mundo civilizado, no ha perdido su espiritualidad enigmática y placentera; por otra parte, sí se justifica el equilibrio de los sentimientos, por estar alejados de los conflictos pasionales que el hombre de ciudad trasplanta a la vida agreste de la montaña, como resultado de la crisis vivida en el mundo urbano.

Más adelante, Monteforte Toledo (1948:252) hace mención de la filosofía de la vida lacandona, cuando se refiere a patrones de conducta dentro de la convivencia que pacíficamente tenían:

"Indudablemente eran salvajes; pero reían con sabrosura, se respetaban mutuamente, cantaban y amaban la vida y la libertad, para ellos confundida con la misma vida. Por lo demás, ellos eran los verdaderos señores del bosque, y al menos ahí de nada servía a los blancos su sapient cia ciudadana."

Al final de la novela, cuando Jorge ha sido absorbido por la vida selvática lacandona petenera, el autor narra la llegada de un grupo de jóvenes excursionistas, que quieren conocer a los lacandones y describe a Jorge ya transculturizado (1948:319):

"Un hombre que estaba trenzando una red de pescar irguió su fuerte talla y se fue, despacio hacia la montaña; tenía barba y no hizo caso cuando los muchachos lo llamaron".

A continuación está la afirmación que Mario Monteforte hace, al final de la novela, al resaltar la vida del lacandón en un ámbito salvaje pero lleno de belleza, que sirve de marco al recuerdo colmado de desilusión y tristeza que uno de ellos, Jorge vive. Leamos (1948:320):

"Cuando retornaron los muchachos a su país, contaron con la respiración entrecortada de recuerdos, que en El Petén había orquídeas y que los lacandones tenían los ojos tristes."

La alusión a "orquídeas" y "ojos tristes" es la interpretación de cómo la belleza y la tristeza se unen para sugerir la vida de un hombre que, habiendo pertenecido a la civilización, fue vencido por la barbarie del mundo salvaje.

a. Los lacandones y la relación coherente con el asunto de la novela.

El licenciado Arturo Herbrúger Asturias afirma que una de las razones que les motivó a realizar la aventura con Monteforte Toledo por el Usumacinta, fue conocer el sitio arqueológico de Piedras Negras. Y cincuenta años después del fabuloso viaje, recuerda como una experiencia inolvidable, el encuentro con un grupo lacandón, que se realizó después de caminar durante diez horas por la selva virgen del Petén. Al principio temieron un enfrentamiento violento, o un zafarrancho agresivo por parte del grupo indígena; sorpresa grande se llevaron, refiere, al darse cuenta de la amistosa y pacífica bienvenida.

Asimismo, recuerda el nombre del jefe lacandón: Santo Domingo quien, en 1938, durante las actividades de la feria de noviembre, fue traído a la ciudad capital por el licenciado Jorge Asturias Sierra y por el autor de *Anaité*, Mario Monteforte Toledo, para participar en un encuentro de

grupos étnicos de toda la República.

La participación del grupo lacandón en dicha feria representó un atractivo y un espectáculo, que permitió conocer a los descendientes de una raza en vías de extinguirse.

De la entrevista ya citada, aparecida en el diario "El Impracial" del 5 de marzo de 1937, transcribo la siguiente información brindada por Herbrúger Asturias:

"Teníamos el deseo de ver de cerca, de observar aunque fuera muy superficialmente las tribus lacandonas que ya van desapareciendo en el territorio petenero. Con este propósito, y llevando un guía mexicano, en el lugar denominado El Desempeño, como a cinco leguas antes de llegar a Piedras Negras, hicimos un paréntesis en nuestro camino fluvial y nos internamos en la selva en busca de los indios lacandonos. No es fácil describir esos bosques, la majestad de esa naturaleza virgen, prieta de verdura impenetrable, toda poblada de rumores. Es el trópico en toda su intensidad.

Los lacandonos viven aislados de los centros civilizados, nómadas de la selva, se instalan las pequeñas tribus hoy en un calvero, más tarde en otro, lo que hace difícil localizarlos. Más tuvimos suerte, y como a cinco leguas de la margen del río, en un lugar llamado El Caribal, logramos ponernos en contacto con una familia de seis o siete individuos. De nuestra permanencia con ellos trajimos una aljaba con flechas. Algo supimos de sus costumbres primitivas. Y emprendimos el regreso hacia el río.

Además de las observaciones dadas sobre la importancia del mundo lacandón en la novela *Anaité*, es necesario resaltar que, dentro de la conformación temática, donde al final se describe la llegada de cinco muchachos que desean conocer a los lacandonos no es más que un acoplamiento de temporalidad en el asunto de la obra, donde intervienen personas reales y a quienes, como dije en capítulo anterior, el autor dedica la novela.

La relación temática es la siguiente (1948:318):

"Cinco muchachos de la capital bajaban el río Usumacinta en lanchas de lona enjalbegadas. Llevan todos los poros abiertos a la aventura y no tienen otro objetivo que recorrer aquellos parajes llenos de leyenda."

La coherencia asuntual de la obra literaria con personajes novelescos y reales, está identificada con las siguientes personas: Mario Monteforte Toledo, Arturo Herbrúger Asturias, Jorge Jiménez Paz, Gregorio Prem Beteta y Jorge Asturias Sierra.

A cincuenta años de la aventura al río Usumacinta, han fallecido los licenciados Prem Beteta y Asturias Sierra. Los restantes: Jiménez paz, reside en su granja en San Lucas Sacatepéquez; Herbrúger Asturias ocupa el cargo de Presidente del Tribunal Supremo Electoral, y Mario Monteforte Toledo regresó al país el 16 de Septiembre de este año (1986), después de permanecer treinta años exiliado en México.

La fotografía que se adjunta a continuación es un testimonio de lo mencionado anteriormente, aparecen de pie, de izquierda a derecha: Jorge Asturias Sierra, Mario Monteforte Toledo y Jorge Jiménez Paz. Sentados, en el mismo rodén: Arturo Herbrúger Asturias y Gregorio Prem Beteta.

E. Lo Literario

1. Organización formal de la novela

La novela *Anaité* no se aparta de la estructura narrativa tradicional: exposición, nudo y desenlace.

Está integrada por seis partes y veintitrés capítulos.

Existe una descripción lineal del acontecer; donde la estructura argumental está supeditada al propósito primordial del novelista: mostrar



Tenosique, México Enero 1937.

De izquierda a derecha *Parados*: Jorge Asturias Sierra, Mario Monteforte Toledo y Jorge Jiménez Paz. *Sentados*: Arturo Herbrúger Asturias y Gregorio Prem Beteta.

la ferocidad de la región salvaje del Petén, con un planteamiento narrativo, ordenado y consecutivo.

La novela narra una historia con unidad y ordenamiento tradicionales. Hay distribución cronológica de acontecimientos aunque en algunas ocasiones se hace alusión a pasajes retrospectivos y cambios temporales de uno o dos años.

La primera parte, formada por cinco capítulos, sirve para que el autor presente a los personajes y dé la información del escenario primitivo y salvaje que será el ámbito.

Se describe la vida, hombres, trabajos, pasiones, sufrimientos y naturaleza, que giran alrededor de Jorge, el personaje principal.

Se utiliza el recurso enumerativo de las cosas y la función explicativa de las oraciones, aspectos que se mantienen en la mayoría de capítulos.

De la segunda a la quinta parte, Monteforte Toledo presenta todos los elementos que provocarán, en los personajes, los conflictos generadores de una tumultuosa urdimbre novelesca, los que despiertan en el lector un interés apasionado por el desenlace de la acción.

En la sexta y última parte, el narrador presenta el desenlace donde el personaje sucumbe ante la fuerza de la naturaleza y las pasiones humanas, para ser absorbido por la barbarie del ámbito.

A través de toda la acción novelesca, el narrador alterna la descripción del ambiente con los diálogos de los personajes; ambos participan de los elementos argumentales, dando a la novela un equilibrio constructivo en la integración temática.

El autor utiliza recursos poéticos para describir la naturaleza.

Figuras analógicas, como la comparación y la imagen, son instrumentos que el autor usa para resaltar elementos que, como la luz, el color y la música, fueron altamente apreciados por la expresión modernista.

Respecto de la temporalidad, la novela presenta una acción desarrollada en cuatro años; se menciona también la ubicación histórica en la que se da el desarrollo temático; hay referencia a la ley seca y de austeridad del gobierno del General Jorge Ubico, a los remanentes de la Revolución Mexicana y, al final, el narrador informa noticiosamente sobre incursiones nazis, aludiendo al inicio de la Segunda Guerra Mundial en Europa. Por lo tanto, la ubicación histórica de la novela *Anaité* se centraliza en los últimos años de la década de 1930.

En cuanto al entorno geográfico, la novela desarrolla la mayoría de sus movimientos a lo largo del río Usumacinta. He utilizado el marco geográfico sobre los datos obtenidos, por medio de un mapa compilado en 1948 por el Ingeniero Cartógrafo Federico Polá de Torroella, del cual presento una reproducción más específica, donde se localizan los principales lugares originales que el autor recorrió antes de escribir *Anaité*.

2. Algunos rasgos modernistas en Anaité

Aunque es motivo de estudios y discusión entre los críticos la fecha o época de finalización del movimiento modernista en Hispanoamérica, no de menos importancia es reconocer que en algunos países, como Guatemala, los elementos formales del modernismo perduraron durante muchas décadas más, y la fuerza poética de exaltar el relato de una manera estética tuvo mayores dimensiones.

Durante la tercera década de nuestro siglo, aparece la novela criollista en Hispanoamérica. *La vorágine* (1924): de José Eustasio Rivera, y *Doña Bárbara* (1929): de Rómulo Gallegos, son muestra de las publicaciones más representativas de una tendencia literaria, en la que hay un encuentro con los valores americanos, pero sus autores no lograron desvincularse del fuerte influjo modernista, cuya huella imprimió en los recursos literarios su espíritu poético.

La novela criollista es una transición del romanticismo a un intenso realismo, pero el autor no olvidó la fuerte tendencia rubendariana de establecer un puente de recursos poéticos, para vivificar la fuerza de la naturaleza que rodea la acción de los protagonistas en la novela.

Anaité, como otras de las novelas criollistas guatemaltecas: *El tigre* (1932): de Flavio Herrera, y *La gringa* (1935), de Carlos Wyld Ospina ofrecen las vivencias literarias de una década en donde la riqueza lírica de sus autores engrandeció el relato con figuras llenas de colorido y de fuerza lumínica.

Mario Monteforte Toledo concibe la novela *Anaité* en 1937, y la mayoría de efectos literarios de colorido y musicalidad son producto de la vivencia que tuvo en el contacto con la naturaleza y que le enriqueció su caudal lírico; vivencia que manifiesta poéticamente en toda la obra literaria.

a. La luz como efecto estético

La acción estética de la luz es una de las primeras inquietudes que estimula la descripción del medio que rodea al narrador; es fusión de mo

vimiento y color para enumerar los elementos del cosmos selvático (1948: 15):

"Las garzas irrumpen su blancura sobre los árboles y las cosas, y hay sordo vuelo de pelícanos en los estuarios, - erizos de pececillos metálicos."

La fusión de luz y color tiene su origen en la inspiración que emana del cielo; el poeta asocia la luz de la noche con la iluminación estelar; induce a la apreciación de la claridad nocturna para resaltar la - grandiosidad del universo (1948:44):

"Había un cristalino despilfarro de estrellas en la alborada."

El interés de exaltar el juego luminoso de las estrellas con el agua demuestra la habilidad del narrador, al plantear poéticamente una plástica literaria, como una demostración de efectos estéticos, al referirse - al ámbito que prevalece en la novela; hay asimismo un enfoque de significado paisajista detrás de la descripción real (1948:115):

"En el cielo ni una nube; las estrellas caían dentro del agua como migajas de pan y los peces se tragaban su sombra; muy lejos bramaban los monos entre las vísceras de la montaña. Unas cuantas trozas, como ataúdes que se llevaran un pedazo de la selva, habían quedado en el botadero."

Asimismo, el autor refiere, a continuación, una mayor profusión con el resplandor que nace de una noche llena de luces, haciendo énfasis en la descripción poética de asociar luz-brillo y rocío (1948:208):

"Iban a ver la noche entre las ramas tupidas, iban a ver las estrellas empautadas entre el bordado de las hojas - abrillantadas por el rocío."

Vemos que la luz va naciendo por las cosas que se nombran y que generalmente confluyen en el mundo lumínico del resplandor nocturno. No -

es la plenitud del día, sino la majestuosidad de la noche, donde encontramos un arraigo de la naturaleza para resaltar los efectos visuales de la inmensidad celestial (1948:230):

"Y en la noche del bosque, sigue la lechosa luz de las estrellas, arrieras de la luna, pasando el río de los siglos por el antiguo tronco de plata de la vía láctea."

b. La musicalidad

Los sonidos y los ruidos de la selva crean una asociación con los colores de las cosas que generan movimiento, y dan una visualización de equilibrio estético que hacen del paisaje una descripción de la naturaleza. Leamos (1948:18):

"La tarde se ha puesto gris y guacas y loros rajan sus pechos en el viento con su traquido de juguetes mecánicos."

La captación del sonido de las aves (onomatopeya) de la figura literaria una evocación final del día que concluye y lo contrasta con el gorjeo musical de las aves canoras (1948:38):

"Los pájaros goteaban desde los árboles sus cantos de montaña."

La valoración fonética se identifica aún más con la abrumadora musicalidad del trópico (1948:38):

"Dentro del bosque, una algarabía de pájaros ayudaba a dar a la hora su tono dulce y difumado."

También la vivencia humana de aproximarse a la música salida del goteo lluvioso, asociándola con sonidos celestiales (1948:169):

"Cállese, que no me deja oír los aguaceros. Cuando llueve, las gotas traen música pegada probablemente de los angelitos que tocan arpa."

c. La imagen

El efecto narrativo busca, en la expresión literaria de la novela - *Anaité*, los recursos estéticos para relacionar el sentido vivencial sugestivo de lo que acontece en la obra; se da la integración del movimiento con la fuerza (1948:18):

"El agua mostraba su fuerza enroscada entre lo negro de sus entrañas."

"Entre la penumbra y el abrazo que se dan el río, el cielo y la montaña, brillan las primeras luces de la montaña."

Además de integrar a la expresión poética el juego sugestivo de la elocución agradable al oído, también el lector repara en visualizar la imagen de una narración que denota pasividad (1948:25):

"El río seguía susurrando su historia muerta de agua errante."

Y la plasticidad de un movimiento decadente (1948:45):

"Las últimas sombras se retorcían bajo la arboleda de las márgenes."

O el colorido de un movimiento fugaz que se confunde con el trópico (1948:59):

"Del techo salió una guacamaya volando como un dardo de sangre."

El autor evidencia su capacidad lírica y su conocimiento de los enlaces rítmicos en la prosa poética (1948:156):

"En el cielo, Orión cuadrículaba como una tabla York las trozas retardadas, poniéndoles en su ventrudo torso las tres estrellas de su cinturón."

También observamos la alusión a la configuración cromática y el efecto luminoso de la plata como una prolongación lírica del sonido (1948: 211):

"Los mosquitos emergían de sus hervideros y pasaban rozando el fango con su vuelo indeciso y rápido. Un tono rojizo evanguecía el verde, y las chicharras ensayaban sus campanillas de plata."

d. El Colorido

El color es el testimonio del paisaje; es la evidencia de la identificación cromática en la captación de la naturaleza. Monteforte Toledo hace la descripción genuina como un milagro de la luz, al querer captar un auténtico panorama del trópico.

Imprime a la poesía el color del ámbito (1948:36):

"Los pájaros callaron. Resbalando entre las hojas, caían al camino como borbotones de sangre los últimos rayos del sol."

Identifica la fuerza del trópico con el sol (1948:247):

"El sol parecía vengarse de los largos días grises del invierno y hacía rodar como lava furiosa sus rayos perpendiculares sobre la montaña."

Y la penumbra de la noche con lo plateado del agua y las estrellas (1948:281):

"El humo de los cigarrillos se confundía con las tinieblas; las estrellas fugaces parecían despeñarse en el río plateado."

Para concluir estas breves informaciones sobre los recursos poéticos en la novela criollista *Anaité*, citaré un párrafo, en el que se distingue el estilo del autor, lleno de creatividad lírica (1948:180):

"El fuego es un ritual en la selva; las almas primitivas de los hombres lo veneran por instinto, por agradecimiento inveterado. Suben sus lenguas pródigas en torno a la carne recién cazada, mientras las brazas forman un paisaje de maravilla más abajo. A su vera se relatan las más bellas historias; a su vera se entresacan de las frases perdidas, viejas responsabilidades, pecados; a su vera - las caras escuetas de los monteros se vuelven dulces al aletear de los recuerdos más íntimos, cuando suenan las guitarras. Es como una roja comunión de cosas comunes, - que caen a la ignición con chasquido de gotas de agua. Después, los hombres se pierden bajo las hamacas y los tra poles, bajo las champas de hojarasca, y siempre queda alguno viendo cómo se extingue el fuego, siguiendo con cariño los humillos retardados, los pequeños ruidos de las últimas astillas, hasta que el rocío nocturno enfría las cenizas."

3. Paralelismo temático en La vorágine y Anaité

La vorágine, novela de José Eustasio Rivera, fue escrita en 1924, y es la obra literaria que inicia con mayor fuerza la corriente criollista en Hispanoamérica. La crítica literaria la cataloga como obra maestra de esta tendencia, además de que sirve como modelo para las producciones posteriores que utilizan una temática que enfrenta al hombre con la selva.

Catorce años después, la novelística guatemalteca produce *Anaité*, de Mario Monteforte Toledo, quien es el primero en tomar los elementos y características de la temática aventurera del escritor colombiano.

Anaité fue escrita en 1938 y publicada diez años después; las novelas criollistas que le preceden son: *El tigre* (1932), de Flavio Herrera, y *La grínga* (1935), de Carlos Wyld Ospina; ambas enfocan el criollismo - hacia otros estratos de interés; no aparece el espléndido panorama de la naturaleza exuberante y el desgarrador conflicto del hombre por vencer - el salvaje y aniquilante ámbito selvático.

Monteforte Toledo acude a las selvas peteneras del río Usumacinta para "vivir" la fuerza de la vegetación amazónica y los caudalosos ríos colombianos.

Tanto en *La vorágine* como en *Anaité*, se presentan los horrores de la naturaleza más devastadora y de la humanidad más degradada: serpientes, hormigas, infrahombres, todo aparece en una masa impresionante.

La selva atormenta a los personajes con sus espejismos y los desorienta con la densidad de su vegetación. En ambas novelas, los autores nos presentan un poema en prosa sobre la belleza del paisaje; pero, generalmente, nos dan un lirismo lleno de violencia salvaje.

La selva no es remotamente lo que se supone, ni siquiera los personajes que viven la angustia de los momentos argumentales logran darse cuenta de lo que allí acontece.

En la temática, los personajes principales (Arturo Cova y Jorge) se internan en la selva por un amor que trasciende los límites de la obsesión; la mujer es un pretexto para enfrentar a otros hombres, en cuyo relativo poder, la naturaleza proyectó su estado de barbarie.

"Anaité" es nombre de mujer, asociado con una idea que arrastra la pasión del hombre para enfrentarlo, no con los elementos bucólicos de la naturaleza en la tradición literaria, sino con la majestuosa estampa de la vida salvaje e indómita. "Anaité" es el personaje femenino que simboliza la naturaleza, la selva exuberante y devoradora de sentimientos; es el personaje asociado al demoníaco poder fascinador y destructivo de la selva.

En *La vorágine*, a Arturo Cova le roban a la mujer amada, y después de un tormentoso rastreo por la selva, venciendo sus peligros, Alicia es

recuperada; Cova da muerte horrenda a Barrera, demostrando una heroicidad superficial, porque al final la selva se humaniza, y es el único personaje que sale incólume en la narración.

La temática de la injusticia social es planteada en ambas novelas. En *La vorágine*, Rivera revela el sufrimiento del trabajador cauchero y su explotación inhumana cuando, al final de la novela, Arturo Cova fustiga el grado de injusticia que se vive en la selva colombiana; leamos - (1974:251):

"En la agencia de los vapores dejó una carta para el Cónsul. En ella invoco sus sentimientos humanitarios en alivio de mis compatriotas, víctimas del pillaje y la esclavitud, que gimen entre la selva, lejos de hogar y patria, mezclando al jugo del caucho su propia sangre. En ella - me despido de lo que fui; de lo que anhelé, de lo que en otro ambiente pude haber sido. Tengo el presentimiento - de que mi senda toca a su fin, y, cual sordo zumbido de ramajes en la tormenta, percibo la amenaza de la vorágine."

Los hilos del relato en la novela colombiana van entretrejiéndose y apretándose con firmeza para evocar un cuadro de miserias; las escenas violentas se acumulan y el personaje incluso presiente su trágico final.

Similarmente, en la novela *Anaité*, Monteforte Toledo recibe el influjo de Rivera y manifiesta su repulsión por un esquema que destruye la poca libertad del trabajador maderero en El Petén, y hace una crítica a las autoridades de la época (1948:175):

"Todavía dentro del catre fresco, Jorge siguió pensando en el destino de los trabajos en la cuenca del Usumacinta, cuyos sesgos de vorágine se columbran, alimentados por la miopía de los dirigentes de las monterías y por tantos años de sumisión y de tiranías cómplices. Sólo la impresión de libertad que se respiraba entre las selvas de la lucha social que prosperaba en Tabasco."

El peligro constante que asedia la tranquilidad del hombre en la selva, está identificado en las dos novelas, y vemos como ejemplo la arrasadora invasión de las hormigas; en ello observamos que la selva atrapa a los personajes con sus hormigas antropófagas, que arrasan todo en una escena infernal de verdadera pesadilla; en *La vorágine*, las hormigas tambochas caminan dejando tras sí desolación y muerte y una profunda sensación de zozobra en quienes las contemplan (1948:188):

"— Tambochas, tambochas! Y los caucheros están aislados! 'Tambochas! Esto equivalía a suspender los trabajos, dejar la vivienda, poner caminos de fuego, buscar otro refugio en alguna parte. Tratábase de la invasión de las hormigas carnívoras, que nacen quién sabe donde y al venir - el invierno emigran para morir, barriendo el monte en leguas y leguas, con ruidos lejanos, como de incendio. Avispas sin alas, de cabeza roja y cuerpo cetrino, se imponen por el terror que inspiran su veneno y su multitud. Toda guarida, toda grieta, todo agujero; árboles, hojarascas, nidos, colmenas, sufren la filtración de aquel oleaje espeso y hediondo que devora pichones, ratas, reptiles y pone en fuga pueblos enteros de hombres y de bestias."

En la novela *Anaité*, también observamos esa misma identificación del peligro en la selva; esto sucede en el ámbito virgen del Petén; sucede en un lugar de la montaña que los lacandones buscan para vivir. Representa la destrucción total del mundo bajo de la selva, donde el ser humano observa el camino de la muerte; la velocidad asombrosa de la mancha destructora (1948:229):

"Los indios se incorporan y despiertan a sus compañeros; una negra sombra ha principiado a invadir el calvero: es la arriera, la voraz hormiga omnívora de las selvas vírgenes. Primero las exploradoras, oteando la distancia y reconociendo la senda fatal; luego la partida, en millares, que suben a los árboles, buscan todos los agujeros, se llevan con cogollos, los nidos, y reducen a nada a un animal desprevenido. La plaga lleva una ruta que se reconoce durante muchos días, hasta que el bosque, con su posi-

bilidad fantástica, se restaura a sí mismo. Hay alboroto en el campamento; se remueven velozmente las cosas; por un tronco tumbado, la mancha cruza el riachuelo durante largas horas, mientras los hombres, pasados los comentarios y las sorpresas se instala más arriba tratando de conciliar el sueño.

El final de las novelas en mención deja una secuela de mutismo, la incompreensión hacia la fuerza destructora de la barbarie provoca, además de pánico, pesimismo por la impotencia a la que se ve reducida su condición humana.

En *La vorágine*, ese lapidario final: "Se los tragó la selva" representa la derrota del hombre ante la naturaleza identificada con la barbarie.

En *Anaité*, el testimonio del final de la montería de Jorge está referido a dos espacios temporales en un mismo lugar, siempre dentro del contexto trágico del conato de lucha violenta y del afloramiento bestial que emana del trópico salvaje.

El primer momento es el testimonio de Jorge al reconocer los escombros de su montería (1948:316):

"Ahí estaba Anaité: un tapiz de cenizas; una sombra que se llevaba el agua en silencio."

Lo anterior representa el lúgubre resultado de la victoria salvaje sobre el mundo civilizado: el fuego consumió el trabajo de cuatro años - dedicados a la obra civilizadora. Pero es la barbarie quien ha ganado.

Y la segunda vivencia refleja, al final de la novela, la experiencia de quienes dan testimonio de un lugar cargo de recuerdos y de tiempos bonancibles en las márgenes del río Usumacinta (1948:318):

"Aquí estuvo Anaité, la montería más rica de todo el río."

Esta breve comparación de algunos aspectos argumentales en las novelas indicadas, nos ilustra sobre los puntos afines que dicha tendencia tuvo en la literatura hispanoamericana; asimismo, el influjo que *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, impuso sobre *Anaité*, modelo de novela criollista en la literatura guatemalteca.

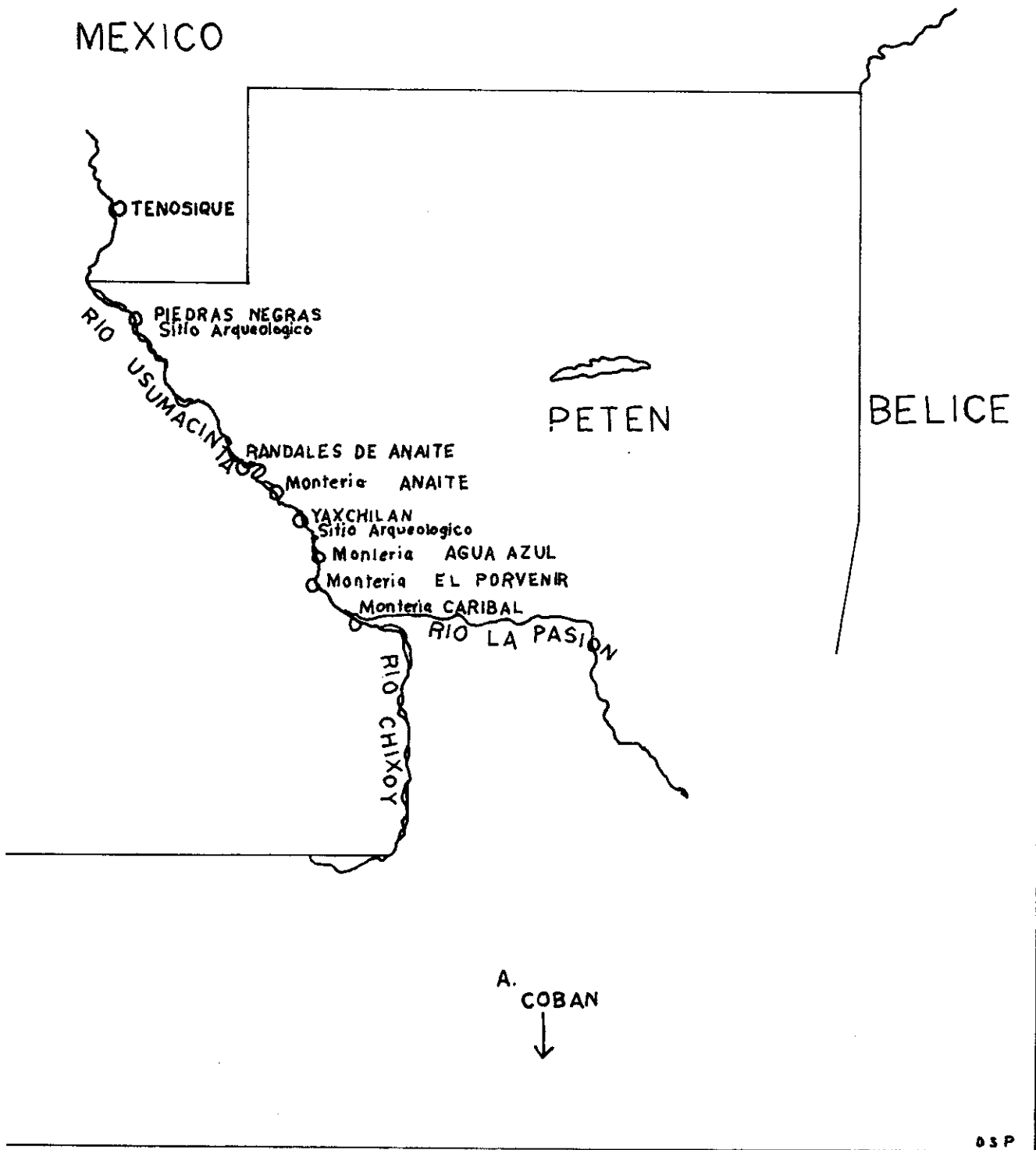
Al respecto de las anotaciones anteriores, el crítico literario Seymour Menton dice (Ibid):

"En comparación con *La vorágine*, *Anaité* es un heredero débil. La barbarie de *Anaité* no puede parangonarse con la de la selva colombiana y la de sus caucheros, Los personajes de *La vorágine*, aunque también están subordinados al escenario, tienen más rasgos individuales que los particularizan. Sin embargo, como novelista, en el sentido de constructor de novelas, Monteforte Toledo supera a Rivera. Mientras que el colombiano se deja llevar por la exuberancia delirante de la selva, Monteforte, aún sintiéndola, es lo bastante intelectual para controlarla. Por eso, *Anaité* no tiene la violencia dramática que marca la novela colombiana, pero sí tiene una construcción más equilibrada."

El autor de *La vorágine* tuvo oportunidad, por razones de trabajo, de vivir muchos años en la selva colombiana, inclusive padeció algunas enfermedades tropicales. Rivera experimentó la convivencia con los caucheros como una actividad inherente a sus propios intereses. La crítica literaria ha tratado de demostrar que la novela posee elementos autobiográficos, que le dan mayor emotividad y dramatismo al relato.

En cambio, con Monteforte Toledo, autor de *Anaité*, la creación literaria es producto de una aventura temporal por las selvas peteneras; sin embargo, la mesura y los lineamientos formales con que fue escrita nacieron en un escritorio, donde la formación intelectual del autor le permitió manejar con mayor equilibrio los elementos de la temática criollista.

UBICACION GEOGRAFICA DEL AMBITO EN LA NOVELA ANAITE





V. CONCLUSIONES

1. El escritor Mario Monteforte Toledo es uno de los novelistas representativos de Guatemala. Su producción literaria es el resultado de un inquieto espíritu creativo, elemento que lo identifica con las características de los escritores de la Generación de 1930, a la que cronológicamente pertenece.
2. La novela criollista surge en Guatemala porque éste es un país con las características y condiciones similares a las que se plantean - en *La vorágine* de José Eustasio Rivera y en *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos, obras que se consideran representativas dentro del relato criollista en Hispanoamérica.
3. El criollismo en la literatura guatemalteca alcanza su madurez con la publicación, en la década del treinta, de las novelas: *El tigre* de Flavio Herrera, *La gringa* de Carlos Wylid Ospina y *Anaité* de Mario Monteforte Toledo.
4. En la novela *Anaité* predomina la fuerza y la belleza de la naturaleza, ámbito esencial del criollismo.
5. En la obra, el autor da a conocer la exuberancia de la selva petenera y la belleza del río Usumacinta, de una de cuyas corrientes toma el título la novela: "Anaité".
6. En *Anaité* se presenta un constante enfrentamiento de la civilización y la barbarie, representadas en el hombre y la naturaleza salvaje, factores que hacen de la obra una novela criollista.

7. La violencia y la muerte son señales temáticas constantes, como resultado de la fuerza salvaje que el ámbito tropical genera en los personajes de la novela.
8. La participación de la mujer, como personaje en conflicto dentro de la novela, está ligado a la problemática que los personajes masculinos enfrentan contra el medio (la naturaleza) que les rodea.
9. La novela *Anaité* permite conocer algunos aspectos de la vida de los lacandones, asimismo del asunto de la obra, el cual es parte de la investigación.
10. En *Anaité*, el criollismo demuestra que el ser humano, por fuerte y poderoso que sea, no podrá vencer la fuerza avasalladora de la naturaleza. El hombre intenta con todas sus armas y recursos someter - un medio que le es adverso, para sucumbir al final impotente frente a un ámbito destructor que lo absorbe.
11. La novela *Anaité* utiliza recursos poéticos modernistas para describir la belleza de la naturaleza.
12. *Anaité* es la novela criollista guatemalteca que más semejanza tiene con la novela colombiana *La vorágine*, factor que le crea un paralelismo en sus principales características narrativas.

IV. BIBLIOGRAFIA

- Aguado-Andreut, S. Por el mundo poético de Rubén Darío. Guatemala, Editorial Universitaria, 286 pp. 1966
- Alegría, F. La novela hispanoamericana Siglo XX. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina S.A. 62 pp. 1967
- Amorós A. Introducción a la novela contemporánea. Madrid, Ediciones Cátedra S.A. 278 pp. 1979
- Anderson-Imbert, E. Historia de la literatura hispanoamericana. México. Fondo de Cultura Económica 462 pp.
- Barrientos, A.E. "Mario Monteforte Toledo habla de letras" Guatemala, El Imparcial, 22 de nov. p. 4 1975
- Cifuentes H. J.F. Los Tepeus Generación Literaria del 30. Guatemala, - 1982 Grupo Literario "Rin 78" (Colección Ensayo) Editorial del Ejército.
- Córdova, A. "La excursión al Usumacinta por tierras mayas y bello paisaje". Guatemala, El Imparcial. 4 de marzo, p.1 1937
- "Ofrece la región del alto Usumacinta un gran venero de riquezas nacionales". Guatemala, El Imparcial. 5 de marzo p.1 1937
- Echeverría, A. Antología de prosistas guatemaltecos. Guatemala, Editorial "José de Pineda Ibarra" 543 pp/ 1968
- Estrada, R. Flavio Herrera, su novela. Guatemala, Biblioteca de Estudios Literarios, Universidad de San Carlos de Guatemala, 151 pp. 1958
- Fuentes, C. La nueva novela hispanoamericana. México, Cuadernos Joaquín Mortiz, 9B pp. 1969
- Gallegos, R. Doña Bárbara. Buenos Aires. Editorial Espasa-Calpe. 1968 252 pp.
- Guillén, F. "Itinerario de Mario Monteforte Toledo", Guatemala, El Imparcial, 5 de dic. pág. 7 1959

- Herrera, F. El tigre. Guatemala, Editorial "José de Pineda Ibarra"
1964 153 pp.
- Kayser, W. Interpretación y análisis de la obra literaria. Madrid, Edi-
1968 torial Gredos S.A. 518 pp.
- Lapesa, R. Introducción a los estudios literarios. Madrid, Ediciones -
1968 Anaya S.A. 207 pp.
- Menton, S. Historia crítica de la novela guatemalteca. Guatemala, Edito
1960 rial Universitaria, 332 pp.
- Monteforte Toledo, M. Anaité. Guatemala, Editorial "El libro de Guatema
1948 la". 320 pp.
- Entre la piedra y la cruz. Guatemala, Editorial "El libro de
1948 Guatemala." 302 pp.
- La cueva sin quietud. Guatemala, Editorial del Ministerio de
1949 Educación Pública. 286 pp.
- Donde acaban los caminos. Guatemala, Tipografía Nacional, -
1953 313 pp.
- Una manera de morir. México D.F. Fondo de Cultura Económica
1957 393 pp.
- Rivera, J.E. La vorágine. México D.F. Editorial Epoca S.A.
1974 258 pp.
- Uslar Pietri, A. Breve historia de la novela hispanoamericana. Madrid,
1969 Editorial Mediterráneo, 186 pp.

APENDICE

La excursión al Usumacinta! Por tierra mayas y bello paisaje. Cementerio de viejos mayas. Inmencionado, lo hallan al paso. Periplo terrestre en que el Lic. Arturo Herbrúger nos brinda sus impresiones.

Y bien, estamos escuchando al licenciado Arturo Herbrúger quien nos cuenta con un entusiasmo que pone llamaradas de ilusión en sus pupilas, el cuento bello de su reciente excursión por la zona del Usumacinta. No es precisamente el relato de una aventura a lo Salgari, a lo animado Mayne Reid; la sorpresa novelesca es muy otra; distinta a la trama conocida del folletín que encandila de emoción a los espíritus infantiles. Pero siempre interesante e impresionante como cosa real, toda llena de sugerencias tendidas al futuro. Porque no fue un paseo simple y sin trascendencia, sino también de estudio.

— Hombre, háblenos del paisaje...

— Es imposible describir en breves palabras la belleza panorámica del río. Basta decir que es multiforme y policromo. A veces una corriente veloz se encajona entre dos montañas; otras un remanso tranquilo que serpentea entre la selva turbado por el poder gutural de los cuadrumanos. A pocos pasos de la orilla principia la jungla impenetrable con ese rumor misterioso e intenso del trópico. Bandadas de guacamayas y de garzas adornan el paisaje con la vistosidad de su plumaje o la elegancia de su vuelo. Sombras veloces se deslizan por el río en acecho de la presa y los peces saltan a flor de agua en persecución de la sardina...

Y así, con calor y color, Herbrúger va pintando aquel panorama del que nosotros y usted, quizá lector, gentes de la ciudad, solo gozamos del cristal literario que no copia nunca fielmente la realidad.

— A los lectores gustará conocer el itinerario de la excursión, seguirlos a ustedes como quien dice paso a paso, por el río, por la selva tupida.

— Pues...Aquí va: Salió la expedición de Cobán con dirección al río el 24 de dic. último, a eso del medio día. A qué decir de nuestra alegría y del nerviosismo de alguno de los muchachos? Pernoctamos en la finca Chinasayob, donde fuimos gentilmente atendidos por el administrador. Al día siguiente 25, se continuó el viaje. La jornada fue dura, fatigosa. A la caída de la tarde llegamos a un riachuelo denominado Canillá, donde levantamos nuestras tiendas. Aquí hicimos nuestra primera práctica como cocineros de campaña y con buen resultado. Descansábamos del largo camino, cuando la primera contrariedad nos salía al paso: Los arrieros que llevábamos se negaban a continuar el viaje, aduciendo que las bestias estaban muy cansadas y les era imposible seguir. Desgraciadamente comprobamos que aquello era verdad, y dispusimos que al día siguiente dos compañeros en unión de un guía indígena fueran a pie hasta la finca Las Conchas a dar noticia de nuestra llegada y a conseguir bestias para el transporte de la carga.

Todo el día 26 los excursionistas estuvieron en su campamento de Canillá, esperando la llegada de las bestias. Larga se les hacía la es

pera, y más aún cuando vieron que pasaba el día y la noche se echaba encima. Amaneció el 27. Desde temprano los excursionistas pusieron a la atalaya de sus enviados. Avanzó la mañana. Prepararon el almuerzo. Y ya iban a sentarse a comerlo, cuando sus dos compañeros que fueron a Las Conchas regresaban con las bestias. Se arreglaron las maletas, y a las 2 de la tarde se emprendió el camino a Las Conchas, a donde llegaron alrededor de las 8 de la noche.

En la mencionada finca, un día de descanso. Ardían de deseos por llegar al río, más había que evitar al principio de la gira fatigas incesarias.

El 29 muy de mañana emprendieron el trayecto hacia el río negro. Llegaron a sus márgenes al atardecer. Aquí principiaría la expedición. Están en el comienzo de la aventura. Durante el día treinta armaron las lanchas e hicieron todos los preparativos. En los espíritus se mantenían firme el entusiasmo. Ninguno daba señales de desánimo. La salud de los expedicionarios nada deseaba que desear. Tuvieron noticia de que cerca había un bello paisaje que admirar: era el Pellán, lugar donde el río se encallejona y se precipita entre dos altas paredes de roca. Aquello no defraudó a los viajeros, porque el panorama es en verdad imponente; diversidad de colores de las rocas lo hacen aún más bello.

Por la tarde ya todo estaba listo para emprender la ruta del río. Las lanchas junto a la orilla, sólo esperaban el momento en que se les echara al agua. Algo se había trabajado, y el cansancio acertó la velada alrededor de la fogata del vivac.

El 31 por la mañana principió la navegación. Acompañaba a los excursionistas una canoa del señor Teodoro Leal, quien veía en ellos a bisoños remeros y les manifestaba su cuidado porque no pudieran salvar algunos rápidos del río. Pero vaya que sí eran hábiles en el manejo del remo, y el patrón de la canoa, advirtiéndoles que no corrían peligro y que la navegación se hacía sin novedad de regreso.

Era el último día del año. Los viajeros querían festejar el año nuevo, y eligieron un bello sitio, a orillas del río, para instalar el campamento. Armadas las tiendas y preparada la cena, encendieron una hoguera y a su luz, en la playa cortada por la selva espesa, pasaron la velada en medio de la más grata camaradería. Acertados habían estado los rifles, y ello les permitió comer un magnífico jabalí asado. Aquello era un banquete: huevos de tortuga, frutas, leche condensada, café, etcétera, pues las provisiones no les escaseaban.

— Hasta ahora estamos en el comienzo de la gira, nos dice el licenciado Herbrúger, y hacer el relato detallado de todas las peripecias del viaje hasta Piedras Negras sería largo. No temen ustedes fatigar a sus lectores?

— De ninguna manera; es tan interesante...

— Pero acortemos, de toda suerte, y baste decir que fuera de un temporal de tres días que nos sorprendió en el río, el tiempo fue magnífico y el viaje pleno de emoción. Aquellos tres días de lluvia intensa, los hubimos de pasar en una montería, donde fuimos cordialmente recibidos. El paisaje del río es maravilloso, y la idea que al respecto llevábamos nos resultó completamente equívoca.

— Y los pantanos, los famosos pantanos que se tragan al viajero que inadvertidamente salta a la orilla?

— Mentira redonda. El alto Usumacinta no es pantanoso ni mucho menos, pues el declive, que es bastante pronunciado, impide la formación de lagunetas.

— Y díganos de las monterías...

— Por todas las mexicanas por donde pasamos se nos recibió en forma amable. Nos atendieron los monteros lo mejor que pudieron, y en muchas partes insistían cordiales en que permaneciéramos más tiempo estudiando los cortes de madera y observando otras cosas de interés, de las que ni idea teníamos. Por eso tuvimos que irnos deteniendo más días de los calculados para el viaje en cada montería.

— Por eso fue su retraso en la llegada a Piedras Negras, que tanto temor causó, pues se pensaba que les habría pasado algo.

— A esa circunstancia y a los tres días del temporal obedeció nuestra demora. Y a algo más interesante: el reconocimiento de un sitio arqueológico situado a ocho kilómetros arriba de la confluencia del río de La Pasión. No figura ese sitio en los libros de arqueología guatemalteca que conocemos. Creo se trate de un antiguo cementerio maya. El interés del descubrimiento nos tentó e hicimos ligeras excavaciones habiendo logrado extraer varios ídolos y restos de bandejas pintadas...

Más la crónica se alarga. Quedémonos en este descubrimiento arqueológico de nuestros muchachos que habrá sin duda de interesar a los mayistas, y dejemos para mañana el resto del relato, que comprenderá su visita a una tribu de lacandones y el detalle de varias peripecias.

"El Imparcial" 4 de marzo de 1937.

Pág. 1 y 7.

Ofrece la región del alto Usumacinta un gran venero de riquezas nacionales en fertilidad y Arqueología. Un nuevo Tabasco puede salir de allí. Los saltos del Tenosique serían el valladar máximo a la colonización.

Dejamos ayer a los excursionistas del Usumacinta reconociendo un sitio arqueológico, situado como a ocho kilómetros de la confluencia del río de La Pasión, y el cual no figura en los libros de arqueología guatemalteca. La palabra ponderada del licenciado Arturo Herbrúger, continúa desarrollando la película de sus impresiones:

— Teníamos, nos dice, el deseo de ver de cerca, de observar aunque fuera muy superficialmente, las tribus lacandonas que ya van desapareciendo en el territorio petenero. Con este propósito, y llevando un guía mexicano, en el lugar denominado El Desempeño, como a cinco leguas antes de llegar a Piedras Negras, hicimos un paréntesis en nuestro camino fluvial y nos internamos en la selva en busca de los indios lacandones. No es fácil describir esos bosques, la majestad de esa naturaleza virgen, prista de verdura impenetrable, toda poblada de rumores. Es el trópico en toda su intensidad.

Los lacandones viven aislados de los centros civilizados.

Nómadas de la selva, se instalan las pequeñas tribus hoy en un calvero, más tarde en otro, lo que hace difícil localizarlos. Mas tuvimos suerte, y como a cinco leguas de las margenes del río, en un lugar denominado El Caribal, logramos ponernos en contacto con una familia compuesta de seis o siete individuos. De nuestra permanencia con ellos trajimos una aljaba con flechas. Algo supimos de sus costumbres primitivas y emprendimos el regreso hacia el río.

— Aquí, cuando no se tuvo noticias de ustedes, se comentaba con pena que les hubiera ocurrido algún contratiempo; quienes decían que la calidad de las lanchas no era adecuada para la navegación en el río, pues los cocodrilos fácilmente podrían hundirlas, o atravesarlas de una mordida. Alguien decía de enormes serpientes pendientes de las ramas de los árboles, que se arrojaban feroces sobre los navegantes...

— Es la novela de las selvas, dice el licenciado Herbrúger.

Claro que hay peligros; sin embargo nosotros no tuvimos un contratiempo serio, que por sus resultados fue de gravedad para la expedición. Ocurrió que una de las lanchas volcó en uno de los raudales. Los tripulantes nadaron hasta la orilla y la embarcación se pudo rescatar, pero se perdieron algunas armas, la cámara fotográfica, y muchas películas ya tomadas.

A esta circunstancia se debe el escaso número de fotografías que trajimos.

Los excursionistas llegaron sin mayor novedad a Piedras Negras. Allá fueron atendidos por amable hospitalidad por el señor Víctor Pinelo, encargado de cuidar las ruinas por cuenta del gobierno de Guatemala.

— Se demoraron en Piedras Negras?

— Estuvimos allí una semana, más o menos. Pero fue una semana bien aprovechada, por cierto. El descanso fue obligado a que se nos informó que los rápidos de Tenosique, que se encuentran más adelante, son intran-sitables para la navegación. En vista de esto, acordamos esperar la lle

gada de un patacho para continuar hacia Tenosique por vía terrestre.

A Tenosique llegó la expedición a principios de febrero, después de recorrer el trayecto de veintidos leguas que los separa de Piedras Negras. El trayecto lo efectuaron a caballo, en dos jornadas.

Ya estaban los muchachos en el final de la gira. Todo había salido bien, afortunadamente para ellos. En Tenosique abandonaron la navegación en lanchas de lona y continuaron el trayecto en una gasolinera que los llevó a Villa Hermosa, donde tomaron pasaje en el vapor Vicente Antonio para Veracruz.

Y de Veracruz en ferrocarril a la capital mexicana.

Terminó la gira, mas Cuáles fueron los resultados provechosos del viaje?

Helos aquí, como nos los dice el licenciado Herbrúger: En primer término, el descubrimiento de un sitio arqueológico, en el cual deberían emprenderse trabajos formales de excavación que darían satisfactorios frutos.

Hicieron los muchachos observaciones importantes y estudios sobre la posibilidad de colonizar esa rica zona del Usumacinta con elemento guatemalteco, y la necesidad de explotar su millonaria riqueza natural. La fertilidad de aquellas regiones es asombrosa, y en ellas se dan toda clase de productos: cacao, arroz, caña, maíz, frijol, árboles frutales, maderas finas, chicle, cardamomo, etc.

La fauna es abundante y variadísima, y la pesca fácil y provechosa. En las márgenes pululan partidas de jabalíes, pavas, faisanes, monos y cien especies más. En las noches se escucha el rugido lejano del tigre que levanta una estrepitosa algarabía entre los monos.

En la cuenca del río se hallan las salinas de nueve cerros, inmenso venero de sal natural que si se explotara adecuadamente constituiría una maravillosa fuente de riqueza para el país. Un riachuelo que nace en esa montaña, corre saturado de sal hacia el río Negro, y se dice que si esa sal se pudiera aprovechar, bastaría para proveer el consumo de toda la república.

La mayor dificultad para la explotación económica de la zona, la constituyen los rápidos de Tenosique, que forman una barrera que aísla al alto Usumacinta. Sin embarco, valdría hacer un estudio técnico sobre la posibilidad de canalizar los rápidos, y es probable que unas cuantas toneladas de dinamita bastarían para que el río se tornara navegable desde el golfo de México hasta El Pellán. Las ventajas que lograría con ello nuestro país se pueden apenas calcular. Para apreciar no basta decir que la riqueza del estado mexicano de Tabasco descansa en la fertilidad maravillosa del bajo Usumacinta; que el alto Usumacinta es aún más fértil y más rico que el bajo; y que si se lograra su navegación se convertiría en otro Tabasco con sus espléndidas plantaciones y sus grandes haciendas.

A todo lo largo de nuestro recorrido — continúa el licenciado Herbrúger — encontramos las huellas asombrosas de una gran civilización: la del antiguo imperio maya. Yaxchilán y Piedras Negras, sus dos centros más importantes, surgieron ante nuestros ojos maravillados con toda la imponencia de sus templos antiquísimos, sus artísticas estelas y sus misteriosos monolitos. En Piedras Negras, años con años surgen a luz nuevos templos y nuevas ruinas, conforme adelantan los trabajos de excavación —

que ejecuta la Universidad de Pennsylvania.

Es tan profunda la huella que dejó en estos lugares la civilización - indígena, que pienso, con fundamento, que debe haber habido en toda la - cuenca del río una población de más de un millón de habitantes. Creo también que Yaxchilán y Piedras Negras no sean seguramente los únicos - centros de importancia arqueológica que existen en la zona, pues es seguro que si se hiciera una exploración detenida a lo largo de las márgenes del río, se encontrarían los restos de otras muchas ciudades...

Y hasta aquí el relato entusiasmado de Herbrúger sobre su gira. Poca aventura novelesca pero siempre interesante. Son sus palabras las de un guatemalteco que dice a sus compatriotas la verdad sobre aquellas tierras desconocidas de riquezas apenas sospechadas. Mina virgen para los mineros de futuro.

"El Imparcial", 5 de marzo de 1937
Pág. 1 y 6.